CUADERNOS historia 16

El Imperio turco

R. Arau, J. Gil, M. Viladrich y J. Vernet





161

175 ptas



Oficial turco (xilografía francesa del siglo XIX)

Indice

EL imperio de los turcos otomanos constituye una de las más originales formaciones estatales de los tiempos modernos. Desde los primeros años del siglo XIV hasta la Primera Guerra Mundial, a lo largo de seis siglos, los sultanes otomanos gobernaron como monarcas absolutos sobre millones de súbditos, cristianos y musulmanes, habitantes de un Imperio inmenso que se extendía por tres continentes y tenía como eje geográfico al Mediterráneo oriental.

Desde sus humildes orígenes nómadas hasta su conversión en el más poderoso Estado de la Europa oriental y el Próximo Oriente, rival de los Habsburgo en la lucha por la hegemonía europea, el ascenso de la potencia otomana fue fulgurante. La organización del Estado turco, su configuración social, su política religiosa y militar, marcaron de modo indeleble el futuro de casi todos los pueblos de origen árabe y eslavo.

Luego, a partir del siglo XVIII, el Imperio otomano entró en una prolongada fase de decadencia, convertido en el enfermo de Europa, *víctima de las ambiciones territoriales de sus vecinos y de las tendencias centrífugas de sus minorías, incapaz de adaptarse a la evolución de los países europeos. Su desaparición, prevista con mucha antelación por las grandes potencias, cerró uno de los más complejos y asombrosos capítulos del libro de la Historia.*

El apogeo del Imperio

Ramón Arau Latre
Escritor

A principios del siglo XIV, el pequeño emirato turcomano de los osmanlíes u otomanos, establecido en la región de Bitinia, se convirtió al Islam. Durante dos siglos, los osmanlíes extendieron su dominio por Asia Menor, sometiendo a los demás grupos turcomanos, y pasaron a Europa, a expensas del Imperio bizantino en decadencia, que se extinguió completamente tras la conquista de Constantinopla (1453) por los otomanos. Los años siguientes vieron la consolidación del Imperio otomano, que llegaría a su máximo apogeo durante el siglo XVI.

Selim I (1512-1520), noveno sultán otomano, fue un enérgico conquistador y un autócrata, que gobernó con mano de hierro. Los dos primeros años de su reinado los dedicó al exterminio de todos los miembros de la dinastía otomana que pudieran alegar algún derecho al trono.

Despejado el frente interior, dirigió su atención al este, donde la nueva dinastía de los safawíes había establecido su Imperio en Persia (1502) y se había declarado formalmente chiíta, en contraposición con la ortodoxia sunní de los otomanos. Los predicadores chiítas enviados por los safawíes estaban consiguiendo un éxito considerable en la Anatolia oriental, minando la autoridad de los otomanos, por lo que Selim I entendió que el sha Ismail era su principal rival, por el momento.

Tras una enérgica represión de los disidentes chiítas en Anatolia (se habló de 40.000 ejecuciones), proclamó la guerra santa en defensa de la ortodoxia sunní del Islam y emprendió su primera campaña en 1514. El sha Ismail comprendió que el ejército persa no podía enfrentarse con el otomano, y se retiró hacia el interior de Irán, para atraer hacia allí al ejército de Selim I, arrasando las tierras de Azerbaiján para dificultar el avituallamiento del ejército otomano.

Selim se vio obligado a recibir sus suministros desde Estambul a través del mar Negro hasta Trebisonda, y desde allí en carretas, lo que provocó el descontento en el ejército otomano por las dificultades siempre en aumento. A fin de forzar el encuentro, Selim I dirigió cartas insultantes al sha Ismail, al que sus seguidores obligaron a presentar batalla.

Los dos ejércitos se encontraron en Caldiran, en el Azerbaiján occidental, y a pesar de que el ejército otomano estaba exhausto, descontento y falto de suministros, venció claramente al ejército safawi por su superioridad en armamento y tácticas militares. Tabriz fue tomada fácilmente, y los otomanos trasladaron a Estambul a gran número de mercaderes y artistas procedentes de los centros tradicionales de la cultura islámica, lo que había de propiciar el gran desarrollo cultural otomano durante el reinado de Solimán el Magnífico.

Ante el descontento de su ejército por la falta de botín después de la victoria de Caldiran, Selim I se retiró a la Anatolia oriental, abandonando Azerbaiján, que fue recuperado por el sha Ismail en la primavera siguiente. De todas formas, la

EL IMPERIO OTOMANO 1520-1683

Imperio otomano en 1520

Conquistas de Solimán II (1520-1566)

Conquistas 1566-1683

Estados vasallos

Conquistas temporales

Límites del Imperio en 1683

Posesiones de los Habsburgo



BOHEMIA
Viena
AUSTRIA
POLONIA
PODOLIA 1672
IMPERIO RUSO
TRANSILVANIA 1541
MOLDAVIA
JEDISAN 1526
JANATO DE CRIMEA
Azov
Buda
HUNGRIA 1526
Belgrado
Akkerman
MILANESADO
Bakchisarai
MAR CASPIO
Madrid
ESPAÑA
VALAQUIA
Bucarest
BOSNIA
SERBIA
BULGARIA
Derbent
Tufeis
Batum
GEORGIA 1555-78
1578-1607
1578-1639
Trabzón
Roma
Sofía
Edirne
Estambul
NAPOLES
Durazzo
ALBANIA
CERDEÑA
MAR
Salónica
ARMENIA
1534
AZERBAIJAN 1514-1603 1634-39
Angora
ANATOLIA
Malatya
Argel 1529
Bugía 1555
Bona 1574
Lepanto
Quíos 1566
Esmirna
1554
ARGELIA
Túnez
SICILIA
Patras
MOREA
Samos 1550
Konya
MESOPOTAMIA
Mossul
Hamadán
PERSIA (Safavíes)
Alepo
LURISTAN 1587-1603
Naxos 1566
TUNICIA 1574
Rodas 1522
CHIPRE 1571
SIRIA
Djerba
CRETA 1669
Bagdad
1534-1623 1638
Damasco
MEDITERRANEO
Basora
Jerusalén
Alejandría
TRIPOLITANIA 1551
CIRENAICA 1521
El Cairo
EL-HASA
EGIPTO
HEDJAZ
MAR ROJO
La Meca
REINO DE SENNAR
YEMEN 1538
Adén
ETIOPIA

G. LLORENTE

campaña no había sido inútil, ya que permitió completar el control de la Anatolia oriental y convenció a Ismail de la conveniencia de evitar un enfrentamiento directo con los otomanos.

Una vez neutralizado Irán, Selim I se enfrentó con el Imperio mameluco, cuya actuación no había sido demasiado clara durante la campaña contra los safawíes.

Desde hacía tiempo, los mamelucos tenían problemas con los señores feudales autónomos y también con los navegantes portugueses que se introducían en el mar Rojo intentando desviar las rutas comerciales entre Europa y la India hacia las rutas marítimas que bordeaban el sur de Africa.



Ante este problema, los mamelucos pidieron ayuda a Selim, quien les envió armas de fuego, hierro y brea para construcción de buques que permitieran enfrentarse a los portugueses en el mar Rojo.

No obstante, los mamelucos desconfiaban tanto de los otomanos como de los safawíes, por lo que cuando éstos se enfrentaron entre sí, procuraron mantenerse al margen del conflicto, negándose incluso a enviar ayuda a Selim cuando éste tenía dificultades de avituallamiento.

En 1516, Selim I organizó una segunda expedición hacia el este. En julio de este año cruzó el Eufrates y se dirigió claramente hacia el sur. El ejército mameluco salió a su encuentro, pero fue derrotado en Marj Dabiq, cerca de Alepo. Siria y Egipto cayeron prácticamente sin resistencia.

Muchos oficiales, funcionarios y poblaciones enteras se pasaron a los otomanos en espera de alcanzar una buena posición en el nuevo régimen. El Imperio mameluco se desintegró rápidamente. En octubre, Selim cruzó el Sinaí y venció la última resistencia mameluca en las proximidades de El Cairo. En 1517 recibía el homenaje de los principales emires de Egipto y era reconocido como protector y servidor de las dos ciudades santas, La Meca y Medina.



Tras la conquista de Siria y Egipto, Selim había extendido el Imperio otomano por casi todas las tierras del antiguo Califato islámico, a excepción de Iraq, que fue conquistado por su sucesor.

La conquista del Imperio mameluco es de gran importancia política y económica, tanto por los ingresos económicos que reporta, que convierten al Imperio otomano en uno de los Estados más ricos y poderosos del siglo XVI, como por la adquisición del dominio sobre los lugares santos del Islam, que consolidan la posición del sultanato, elevándolo a un puesto preeminente dentro del mundo islámico.

Según una tradición del siglo XVIII, el último califa abasí al-Mutawakkil transfirió oficialmente al sultán Selim I y a sus sucesores los derechos al califato. No hay noticias anteriores de esta transmisión.

Hay razones políticas obvias para que los sultanes otomanos, ya en plena decadencia, insistieran en apropiarse la teoría clásica del califato. Al llamarse a sí mismos *califa de todos los musulmanes* se adjudican unos derechos sobre los súbditos musulmanes de cualquier país.

Sin embargo, parece ser que Selim I asumió sólo el título de *servidor de los dos Santos Santuarios*. Retuvo al califa al-Mutawakkil y a su corte en Estambul y se proclamó a sí mismo *protector del Islam*. Por lo que se refiere al título de califa, desde tiempos de Murad I (1360-1389) los sultanes otomanos habían utilizado este título, que ya había perdido su significado original.

En realidad, era el dominio sobre La Meca y Medina y el mantenimiento de las rutas de peregrinación lo que daba a los sultanes otomanos su auténtico predominio en el mundo islámico.

Solimán I el Magnífico

Solimán I (1520-1566), apodado justamente *Legislador* por los turcos, y *Magnífico* por los occidentales, fue sin duda el sultán más importante en la historia del Imperio otomano. Durante su reinado, éste alcanzó su máximo prestigio y esplendor, y el sultán ocupó un papel relevante en la política europea de su tiempo.

En el interior cumplió una gran labor legislativa, adaptando las instituciones turcas a la necesidad de administrar los vastos territorios dominados por los otomanos. Militarmente reafirmó su

autoridad en Oriente y Occidente mediante trece campañas militares que extendieron sus dominios desde las fronteras de Austria hasta el golfo Pérsico, desde las riberas del mar Negro hasta los confines de Argelia y Marruecos.

Después de las campañas de su padre, Selim I, contra los safawíes, el sha de Persia ya no era un rival peligroso. Para alcanzar Anatolia desde Persia deben atravesarse importantes cadenas montañosas, lo que impide un ataque por sorpresa. Por ello, Solimán dirigió primero su atención a Occidente, y para abrir las puertas de Europa, tomó Belgrado en 1521, tras una rápida campaña contra Hungría. A continuación atacó la sede de los Caballeros de la Orden de San Juan en Rodas, que dificultaba sus comunicaciones en el Mediterráneo oriental, y después de un sitio de seis meses tomó la isla. Los Caballeros de la Orden de San Juan se vieron obligados a abandonar Rodas y se instalaron en Malta.



El sultán Selim I, conquistador de Mesopotamia Siria y Egipto (abajo, izquierda) *Solimán el Magnífico* (derecha)

Dos sucesos externos ejercieron gran influencia en la política otomana. En 1519, el rey Carlos I de España había sido elegido titular del Sacro Imperio Romano Germánico bajo el nombre de Carlos V. Inmediatamente se inició una lucha entre Carlos V y Francisco I de Francia, pretendiente también a la corona del Sacro Imperio, en la que se disputan la supremacía en Europa.

En 1525, Carlos V venció a Francisco I en Pavía, y éste envió inmediatamente una embajada a Solimán I en demanda de ayuda. Por otra parte, tras la muerte del sha Ismail, su sucesor, el sha Tahmäsp I pidió ayuda al rey de Hungría y a Carlos V. Se estableció así un sistema de alianzas que introdujo de lleno a Solimán I en la política europea.

Solimán atacó de nuevo a Hungría, y después de la brillante victoria conseguida en Mohács (1526), en la que muere Luis II de Hungría, se desvanecen todas las esperanzas de una Hungría unida e independiente. La parte norte de Hungría fue anexada prácticamente por Austria, aunque para cubrir las formas nombró a Fernando de Habsburgo rey de Hungría, en tanto que Solimán establecía la independencia de la parte central y meridional y propiciaba el nombramiento de Juan Zápolya, príncipe de Transilvania, como rey de Hungría, aunque vasallo del Imperio otomano.

Zápolya resultó una débil muralla ante el poder de los Habsburgo, y Fernando reconquistó la parte central de Hungría. Solimán inició una nueva campaña, expulsó a los Habsburgo de Hungría y puso sitio a la misma ciudad de Viena (1529). No obstante, tras tres semanas de sitio, ante la enconada defensa de los austriacos y vistas las dificultades logísticas para mantener el ejército tan lejos de sus bases, los otomanos se ven obligados a levantar el sitio. En su retirada, Solimán I dejó una guarnición de jenízaros en Buda y Zápolya se comprometió a pagar un tributo anual.

En este mismo año, Francisco I firmó un contrato de paz con el emperador Carlos V (Cambrai, 1529). Pero siguió instigando a los otomanos, que consideraba eran los únicos que podían neutralizar el poder de Carlos V en Europa, para que atacaran el sur de Italia. Entretanto, Fernando atacó Buda de nuevo, y Solimán emprendió una nueva campaña hacia Viena, al tiempo que daba instrucciones al capitán-bajá de su flota Jayr al-Din *Barbarroja,* instalado en Argel, para colaborar con los franceses en el Mediterráneo occidental.

Solimán no consiguió atraer al ejército austriaco a una batalla campal y tuvo que limitarse a devastar amplias zonas de Hungría y Austria. Tras la derrota infligida a la flo-



EL IMPERIO OTOMANO
EN EUROPA
(SIGLOS XVII-XVIII)
SILESIA
Cracovia
REINO DE POLONIA
Jitomir
Lvov
Zuravno 1676
Bucac 1672
PODOLIA
(otom. 1672-99)
Umán
Kamenets-Podolski
Chotin 1621-84
BOHEMIA
HUNGRIA
DE
REINO
Kahlenberg 1683
Linz
Viena 1615
Presburgo
AUSTRIA
Kaschau
BUCOVINA 1775
Stanilesti 1711
Parkany 1683
Zsitvatorok 1606
Buda
TRANSILVANIA 1699
Iasi 1792
Tutora 1620
BESARABIA
JEDISAN 1792
Graz
S. Gotthardo
Grosswardein
Kolozsvar
MOLDAVIA
Bender
Klagenfurt
ESTIRIA
Vasvar 1644
HUNGRIA 1699
CARINTIA
Fünfkirchen
Szegedin
Karlsburgo
Trieste
Agram
Zenta 1697
Hermannstadt
Kilia
Harkany 1687
Temesvar
Hateg 1690
Galati
CROACIA
BANATO 1718
Braila
Peterwardein 1716
Karlowitz 1699
Slankamen 1691
Bihac
Belgrado 1717
Tirgoviste
PEQUEÑA VALAQUIA 1718-39
VALAQUIA
Belgrado 1739
Passarowitz 1718
Turnu Severin
BOSNIA
Craiova
Bucarest
Silistra
MAR
Zara
1720
DALMACIA 1699
Sarajevo
1718-39
SERBIA
Vidin
Kutchuk-Kainardji 1774
MAR
Spalato
Mostar
Nicópolis
Varna
1699 -1720
HERZEGOVINA
Tirnovo
ADRIATICO
REP. DE RAGUSA
Ragusa
MONTENEGRO
Pristina
BULGARIA
NEGRO
Sofía
Cattaro
Filipópolis
Scutari
Skopje
Adrianópolis
RUMELIA
ALBANIA
Ohrida
Estambul
Kavala
Rodosto
MACEDONIA
Salónica
Gallipoli
Valona
Bursa
EPIRO
LEMNOS (ven. 1656-57)
Butrinto
Larisa
CORFU
Parga
Prevesa 1718
TESALIA
MAR EGEO
LESBOS
Bergama
STA. MAURA 1684
Vonitsa 1718
EUBEA
QUIO 1694-95
Esmirna
CEFALONIA
Livadia
Patrás
Atenas 1687-88
SAMOS
Aydin
Corinto
ZANTE
MOREA 1685-1715
ICARIA 1694-95
NAXOS
Kalamata
Monemvasia
RODAS
Candia
CRETA
(ven. ha. 1669)
El Imperio otomano en 1683
Territorios de los Habsburgo
República de Venecia
Variaciones territoriales, 1683-1700:
A los Habsburgo
A Venecia
A Polonia
Variaciones territoriales, 1701-1720:
A los Habsburgo
A Venecia
Al Imperio otomano
Variaciones territoriales, 1721-1792:
A los Habsburgo
A Rusia
Al Imperio otomano
Frontera del Imperio otomano a finales del siglo XVIII
Tratados de paz
Victorias otomanas
Derrotas otomanas
G. LLORENTE

ta otomana por la flota del emperador, bajo el mando del genovés Andrea Doria, y la pérdida del castillo de Corón en Morea, se formalizó una tregua entre Fernando de Habsburgo y Solimán I (1533), de la que quedó excluido Carlos V.

El establecimiento de los otomanos en la parte oriental de Anatolia constituía una amenaza permanente contra Tabriz e Iraq, por lo que el sha Tahmäsp I siguió fomentando la revuelta de las tribus turcomanas afines al sufismo, como ya hizo su padre, el sha Ismail, hasta conseguir la sublevación del bey de Bitlis, que se colocó bajo la protección del sha.

Solimán I inició su campaña hacia oriente en 1533. Marchó sobre Azerbaiján, donde conquistó Tabriz, y después se encaminó hacia Iraq, ocupando Bagdad en 1534. Después de esta conquista, el Imperio otomano extendía sus dominios por todos los antiguos territorios del mundo árabe, convirtiendo a Solimán I en el sucesor incontestado de los Abasíes.

Tras esta campaña, los otomanos dominaban la ruta de la seda, desde Tabriz a Bursa y a Alepo, y la ruta comercial con la India, a través de Basora, Bagdad y Alepo, aunque no lograron anular la competencia de los portugueses, que siguiendo la ruta marítima alrededor de Africa, conseguían llegar a los mercados europeos a precios competitivos.

A fin de asegurar su dominio sobre las zonas conquistadas y mantener las rutas comerciales restablecidas, Solimán fomentó los asentamientos de población afín en Iraq y estableció una guarnición de 2.000 jenízaros en Bagdad. Pero quedó claro que el Imperio otomano había alcanzado su máxima expansión en oriente, al igual que la había alcanzado en Europa ante las puertas de Viena, por haber llegado al límite de sus posibilidades de suministro y comunicación desde su base de Estambul.

La muerte de Juan Zápolya en 1540 puso de nuevo la cuestión de Hungría en primer plano. Fernando de Austria se apresuró a atacar Buda en un nuevo intento de recuperar Hungría. Solimán rechazó a Fernando y recuperó Buda. Anexó la parte central de Hungría al Imperio otomano y dejó a Juan Segismundo, el hijo de Zápolya, el principado de Transilvania.

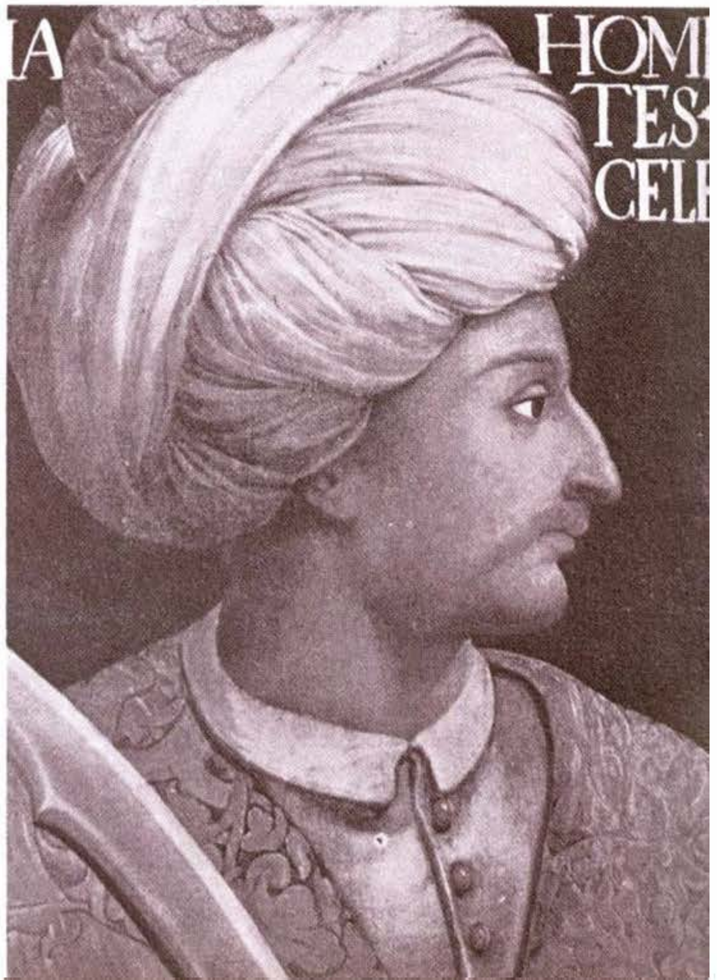
Entre 1541 y 1544 hubo una activa cooperación entre Solimán I y Francisco I en su lucha contra Carlos V. El sultán ordenó a Barbarroja una mayor cooperación con Francia. Tras rechazar a Carlos V en su intento de apoderarse de Argel, y asolar las costas italianas, Barbarroja, al mando de una escuadra turco-francesa, puso sitio a Niza.

No obstante, y a pesar del envío de una pequeña fuerza de artillería francesa a Hungría para reforzar el ejército otomano, Solimán estaba convencido de que Francia no había hecho lo necesario para destruir la flota de Carlos V, y en 1545 firmó una primera tregua con Carlos V, confirmada dos años después con otra por cinco años con Fernando de Austria y Carlos V. De acuerdo con





Mohamed I (abajo), *Murad II* (derecha) *y Mohamed II* (arriba), *tres sultanes consecutivos que reinaron desde 1413 a 1481 y cimentaron el poderío otomano con la toma de Constantinopla y la penetración hacia Centroeuropa y el oeste del Mediterráneo. El motivo que sirve como guía al informe representa a un jenízaro de la época de Solimán el Magnífico*



esta tregua, Fernando debía pagar un tributo anual de 30.000 piezas de oro para conservar la parte norte de Hungría que ocupaba.

Tan pronto los otomanos se retiraron de Oriente para atender el frente europeo, los persas iniciaron su contraofensiva para recuperar Tabriz. En 1548, Solimán emprendió una nueva campaña contra Persia y tomó Tabriz por segunda vez. La guerra en Oriente continuó de forma intermitente hasta que se firmó la paz de Amasya en 1555, por la que Tabriz y Bagdad quedaron definitivamente bajo el dominio otomano.

Un desacuerdo con Fernando sobre el dominio de Transilvania motivó la reanudación de las hostilidades en Hungría hasta concluir una nueva paz con Fernando en 1562, por la que éste renunció a sus pretensiones sobre Transilvania y accedió a seguir pagando su tributo al sultán. No obstante, al acceder al trono el nuevo rey de Hungría, Maximiliano, éste se negó a pagar el tributo que había sido aceptado por su antecesor. Solimán tuvo que emprender su última campaña, marcada por el sitio de Szeged, que se rindió tras varios meses de resistencia pocos días antes de la muerte de Solimán, a los setenta años de edad.

La muerte del sultán se mantuvo en secreto para dar tiempo a su hijo Selim a llegar a Estambul y ser proclamado sultán sin más problemas. La paz con Austria se firmó dos años después, en condiciones similares a la paz de 1562.

El reinado de Solimán I es importante, no sólo por sus conquistas y su labor legisladora, sino también por la intensa actividad cultural y artística desplegada durante su reinado. Su época es realmente la edad de oro del Imperio otomano. Su fuerte personalidad hace de Solimán I una de las figuras insignes de la historia, que compite con otras grandes figuras de su tiempo, como Carlos V y Francisco I. No es posible estudiar y entender la historia de Europa en el siglo XV sin tener muy en cuenta la persona de Solimán I, llamado con justicia el Magnífico.

Los descendientes

Los descendientes de Solimán I están muy lejos de tener su envergadura, y más que organizadores son déspotas que afianzan su poder enfrentando las distintas facciones que gobiernan el Imperio.

Selim II (1566-1574), hijo mayor de Solimán I, inició su reinado reprimiendo una revuelta de los jenízaros. Luego atacó y conquistó Chipre, enfrentándose a Venecia, lo que provocó la formación de una Liga Santa impulsada por el Papa Pío V. Una escuadra española reforzada por los venecianos y los Caballeros de Malta, bajo el mando de don Juan de Austria, localizó a la flota otomana frente al golfo de Corinto y le infligió una gran derrota en Lepanto (1571). Sin embargo, esta victoria no fue decisiva, porque el visir Mehmet Sokulu, con gran energía, logró rehacer la flota al cabo de poco, restableciendo así la situación en el Mediterráneo.

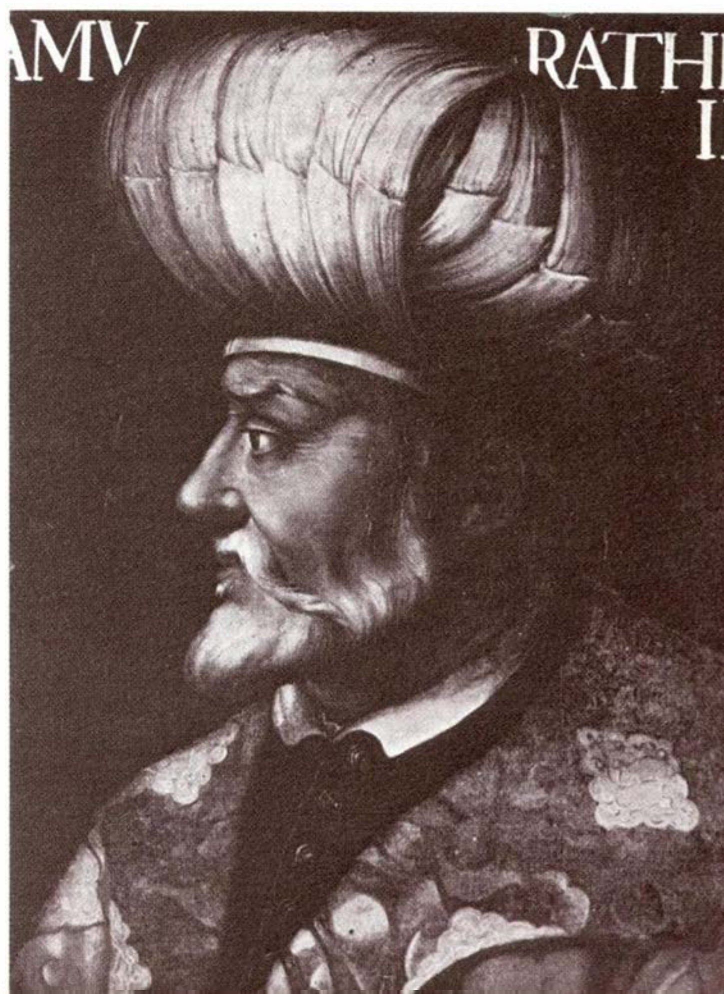
Durante el reinado de Murad III (1576-1590) y de sus sucesores, creció la influencia del harén en las decisiones de gobierno. Por eso, este período, aunque no fue de paz, ha sido conocido como el del *Sultanato de las mujeres.* A la muerte del sha Tahmäsp I de Persia (1576) se reanudó la guerra en Oriente, y durante quince años se luchó duramente en Azerbaiján y Georgia. Tras la paz firmada en 1590, el Imperio otomano alcanzó su mayor extensión territorial.

El sucesor de Murad III fue su hijo Mehmet III (1595-1603), el cual tuvo que disputar el poder a sus hermanos, a los que exterminó. Una vez afianzado en el poder, dejó el gobierno en manos de su madre, mientras él se abandonaba a una vida fastuosa en el harén.

Una nueva guerra con Hungría fue acabada por su sucesor, Ahmed I (1603-1617), con la firma de la paz de Viena en 1615, que apenas modificó la situación, pero que marcó el inicio de un largo período de cincuenta años de calma entre Austria y el Imperio otomano.

Firmada la paz con Austria, Ahmed I tuvo que enfrentarse con graves insurrecciones en Anatolia y Oriente. La descomposición del Imperio se aceleraba ante la grave situación económica, el aumento de la demografía, la disminución de recursos y la corrupción.

Cincuenta años después de Solimán, el Imperio presentaba todavía una fachada imponente ante el exterior, pero en su interior acusaba ya las consecuencias de un estancamiento en las instituciones y una debilitación creciente. Era nece-



sario enfrentarse con la realidad y emprender enérgicas reformas, y esto es lo que intentó Osmán II (1618-1622). Pero tropezó con la oposición de los jenízaros, que se sublevaron y le asesinaron.



La descomposición del Imperio fue aprovechada por los persas para reanudar las hostilidades. La gravedad de la situación afectó profundamente al sultán Murad IV (1623-1640), que en 1632 reaccionó enérgicamente, y tras numerosas ejecuciones logró restablecer la autoridad real. Inició una serie de reformas encaminadas a sanear las finanzas, revisando y poniendo al día los impuestos y limitando el gasto. Pero sus esfuerzos lograron sólo un éxito pasajero, ya que su sucesor, Ibrahim I (1640-1648), volvió a hundir el Imperio con sus excesos en todos los terrenos, hasta morir asesinado, víctima de una conspiración.

Los esfuerzos para conquistar Creta fueron causa de una larga guerra con Venecia (1645-1669), al principio de la cual la flota veneciana llegó a bombardear y a amenazar Estambul en tiempos de Mehmet IV (1648-1687). El grave peligro provocó la reacción del sultán, que entregó el gobierno, con poderes excepcionales, al Gran Visir Mehmet Köprülü, miembro de una familia albanesa, que inicia una dinastía de visires que duró hasta principios del siglo XVIII y representó el intento más serio de reforma del Imperio otomano.

Bajo el gobierno de Mehmet Köprülü (1656-1661) y de su hijo Ahmed Köprülü (1661-1676) se restableció una vez más el orden y la autoridad real, no sin una cantidad impresionante de ejecuciones y represalias. Las reformas fueron suficientes para provocar una reactivación económica y solucionar los problemas inmediatos. Pero la resistencia de las clases dirigentes impidió que se atacaran las causas profundas, que no eran otras que la inadaptación de las antiguas instituciones, que se pretendía restablecer, a los profundos cambios sociales, económicos y militares que tenían lugar en Europa.

En todo caso, las reformas fueron suficientes para restablecer una apariencia de poder que fue causa de que el ejército se sintiera capaz de un nuevo ataque a Austria, y de poner sitio, por segunda vez, a Viena, en 1683. El esfuerzo agotó pronto las bases del resurgimiento y puso en evidencia la debilidad intrínseca del Imperio otomano. Austria y Venecia recibieron el apoyo de Polonia y Rusia, formando una nueva Liga que amenazaba seriamente la existencia del imperio otomano, a pesar de la ayuda que le prestaron Francia y Suecia.

Tras una larga lucha, y gracias a la mediación de Gran Bretaña, que se esforzaba en evitar que nadie consiguiera la supremacía en Europa, se firmó la paz de Karlowitz (1699), por la que el Imperio otomano hubo de abandonar Hungría, Dalmacia, Morea y Podolia, además de pequeños territorios que debió ceder a Rusia, Polonia y Venecia.

Esta fue la primera paz desfavorable que los otomanos se vieron obligados a aceptar. No iba a ser la última.

Ya en las postrimerías del siglo XVI, el Imperio otomano tuvo algunos enfrentamientos con los moscovitas en las zonas de Kazán y Astrakán, pero hasta fines del siglo XVII no aparecieron en escena los rusos como enemigos a tener muy en cuenta. A partir de 1667, como resultado de su lucha con Polonia, Rusia ocupó Ucrania y se convirtió en vecina del Imperio otomano, no sólo a lo largo de Besarabia, sino también en la zona ocupada por el Kanato de Crimea, vasallo de los otomanos.

Descomposición del Imperio otomano

Por la paz de Radzin (1681), los otomanos reconocen al soberano de Moscú como zar y el derecho del Patriarca ortodoxo de Moscú a proteger a todos los cristianos de rito griego del Imperio otomano.

Durante el primer tercio del siglo XVIII, dominado por el reinado del sultán Ahmed III (1703-1730), se produjo un serio intento de europeización del Imperio otomano, durante el cual la clase alta turca trató de imitar la forma de vida de las cortes europeas, copiando estilos de decoración e incluso mobiliario. Por primera vez se introdujeron sillas y sofás de tipo europeo, en detrimento de los divanes y almohadones clásicos. Por la gran afición a las flores, y en especial a los tulipanes que se importaban de Holanda, se llamó a este período el *período de los tulipanes*.

Aunque el intento de europeización alcanzó también a la administración y al ejército, donde renegados europeos como el conde de Bonneval y el barón de Tott organizaron cuerpos de artillería y de especialistas, su impacto sobre las masas, y sobre todo sobre los grupos tradicionales que veían amenazados sus privilegios, fue mínimo.

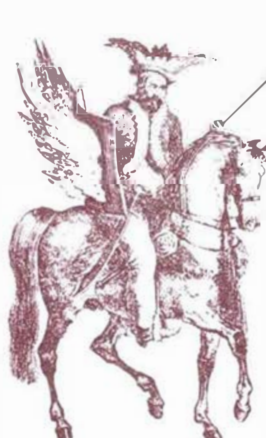
Ahmed III acabó depuesto por una revuelta de los habitantes de Estambul, que costó la vida a su visir Ibrahim, uno de los innovadores, que fue ejecutado por los sublevados.

Los sucesores de Ahmed III fueron todos sultanes sin personalidad, dominados por sus visires, que cambiaban continuamente, y estuvieron siempre condicionados en su política interior por las continuas agresiones exteriores. Las derrotas sufridas estimulaban las insurrecciones locales en Siria e incluso en Estambul, donde los jenízaros encabezaban las facciones

Los turcos levantan el asedio de Viena en 1683


Die Belögerüng Wien von Türggen
1683

de descontentos, Selim III (1789-1807), de espíritu ilustrado, intentó modernizar el ejército y dar un nuevo respiro al Imperio otomano. Durante el reinado de Ahmed III, una nueva guerra con Austria y Venecia permitió en un principio recuperar Morea (1715), pero el ejército otomano fracasó ante Corfú y fue derrotado en Hungría. La paz de Passarowitz (1718) permitió la recuperación de Morea y significó el fin de Venecia como gran potencia, pero fue ante todo una gran victoria para Austria, que no tan sólo ocupó la región de Banato, la Valaquia occidental y el norte de Serbia con Belgrado, sino que consiguió los mismos privilegios comerciales que disfrutaban las demás potencias occidentales en el Imperio otomano.



Posteriormente, tres guerras con Austria y Rusia, en 1736-1739, 1768-1774 y 1787-1792, que culminaron con los tratados de Belgrado (1739), de Kuchuk-Kainarzhi (1774) y Iasi (1792) significaron para los otomanos la pérdida definitiva de Hungría, Serbia, Transilvania y Bucovina. Frente a Rusia perdieron todas sus posesiones de la orilla norte del mar Negro, incluyendo Besarabia, Podolia y Crimea, cuyos soldados habían constituido un elemento importante del ejército otomano. Rusia obtuvo también el derecho a la libre navegación en el mar Negro, el libre tránsito de su flota comercial por los Dardanelos y otros importantes privilegios comerciales. Por último, los otomanos tuvieron que admitir el derecho de Austria y Rusia a intervenir en favor de todos los súbditos cristianos del sultán, lo que abrió las puertas a la injerencia europea en los asuntos internos turcos durante el siglo XIX.

Al concluir el siglo XVIII se produjo la ruptura de una larga y tradicional amistad con Francia, a causa del intento de Bonaparte de ocupar el istmo de Suez y cortar así las comunicaciones de Inglaterra con la India. En 1798, Bonaparte ocupó Alejandría y entró en El Cairo tras su victoria en la batalla de las Pirámides. Los turcos se vieron obligados a declarar la guerra a Francia y contaban con la ayuda de Rusia y Gran Bretaña. Tras el regreso de Napoleón a Francia en 1799, las fuerzas turcas (principalmente albanesas) y británicas lograron la capitulación del ejército francés en 1801. Pero Estambul recuperó Egipto de forma sólo nominal, ya que el gobierno efectivo pasó a manos de Mehmet Alí, jefe de las tropas albanesas, lo que obligó a Estambul a reconocerle como bajá (1805). Se iniciaba así también el desmembramiento del Imperio otomano por su parte musulmana.

El ocaso

Julio Gil Pecharromán
Profesor titular de Historia Contemporánea, UNED

LA historia del Imperio otomano en su último siglo de existencia es la de una muerte anunciada que, por diversas causas, tardó más de lo previsto en producirse. A lo largo de la pasada centuria, el Imperio conoció un paulatino agravamiento de su decadencia militar y económica, a la vez que crecían las tensiones políticas en torno a la cuestión de la modernización del Estado y se reforzaban las tendencias centrífugas de las minorías étnicas no turcas. Factores todos que, unidos al juego de los intereses de las grandes potencias, condujeron al progresivo desmembramiento del Estado otomano y le convirtieron en *el hombre enfermo de Europa*, un permanente elemento de inestabilidad en el Mediterráneo oriental.

Resulta, sin embargo, exagerada la imagen de un Imperio fosilizado, pasivo ante la injerencia extranjera e incapaz de renovar sus estructuras obsoletas; una babel de pueblos descontentos, sometidos al dominio de una minoría fanática de musulmanes turcos y de unos sultanes tan despóticos como reacios a todo lo que significara progreso. Aunque a la postre resultaron insuficientes, los impulsos de cambio surgidos en la sociedad turca desde comienzos del siglo XIX favorecieron la aparición de alternativas europeizadoras que buscaban evitar, mediante el establecimiento de un sistema constitucional, el colapso definitivo del Estado otomano.

Fueron varias las causas que frustraron estos intentos. Por un lado, las apetencias territoriales de las grandes potencias europeas, especialmente de Rusia y de Austria, forzaron a los turcos a una permanente defensiva que consumía sin provecho buena parte de los recursos materiales y humanos que requería la modernización del Imperio. En el interior, la resistencia al cambio de los sectores más inmovilistas de la sociedad turca —el clero musulmán, los jenízaros, los círculos cortesanos, etc.— generaba una permanente tensión con los innovadores que convertía al proceso de apertura política en una auténtica carrera de obstáculos.

Y, sobre todo, existía el problema de los pueblos

no turcos, sometidos por los conquistadores osmanlíes en los siglos de expansión del Imperio, pero nunca asimilados por la minoría turania. El despertar de los nacionalismos balcánicos a comienzos del siglo pasado planteó con toda crudeza el problema de la falta de un proyecto de futuro común para el conjunto de los pueblos colocados bajo la autoridad del sultán. Los reformadores soñaban con un Estado unitario y laico, en el que musulmanes y cristianos disfrutaran de los mismos derechos y deberes bajo el amparo de un régimen constitucional de tipo occidental.

Pero eran una minoría dentro de la población mahometana del Imperio, y la reiterada agresión de las potencias europeas no contribuía precisamente a mejorar las relaciones entre las dos comunidades. Por su parte, los cristianos y, en menor medida, los musulmanes no turcos, alentaban la creación de Estados nacionales propios, independientes de Estambul, y tendían a interpretar las reformas de la estructura imperial más como un signo de la debilitación del poder otomano que como la reafirmación de un nacionalismo unitario y progresista en el seno del Imperio. Nacionalismo turco y nacionalismos cristianos y árabes representaban, pues, facetas incompatibles de un mismo proceso de modernización, que se inspiraban en gran medida en el ejemplo de los pueblos de la Europa occidental.

El Tanzimat

Las bases para la reforma del Imperio otomano fueron sentadas durante el reinado de Mahmud II (1808-1839), pero se vieron facilitadas por los períodos de paz que siguieron a las desastrosas guerras ruso-turcas de 1787-92 y 1806-12, y por la reforma militar emprendida por Selim III a partir de 1789.

El reinado de estos dos sultanes marca un punto de inflexión en la historia otomana. No tanto porque suponga una era de transformaciones profundas de la sociedad y del Estado, sino porque apunta un cambio de mentalidad de los elementos reformistas de las clases dirigentes, que comienzan a fijarse en los modelos europeos para modernizar algunas instituciones especialmente obsoletas.

Los proyectos de reforma de Selim III, un monarca *ilustrado* que impulsó la reforma del sistema educativo y la creación de unidades del ejército regular entrenadas por oficiales europeos, chocaron con la hostilidad de los sectores tradicionalistas, especialmente con los ulemas y el cuerpo de los jenízaros, que temían perder sus privilegios y que en 1807 depusieron y asesinaron al sultán.

Tras el breve paréntesis del reinado de Mustafá IV, en 1808 subió al trono Mahmud II, un soberano *liberal* que despejaría el camino para la actuación de los reformistas. Entronizado por los conservadores, el sultán tardó largos años en sacudirse su tutela, en una época en la que el Imperio parecía próximo a la desintegración. Durante décadas, la situación internacional y el surgimiento de movimientos independentistas en los Balcanes y en el norte de Africa fueron temas prioritarios, que impidieron acometer la urgente reorganización del Estado. A la funesta guerra de 1806-12 con Rusia, que supuso la pérdida de Besarabia y el aumento de la influencia rusa en Valaquia y Moldavia, siguió en 1815 la rebelión de los serbios y, a partir de 1821, la larga guerra de la independencia griega, que enfrentó al debilitado Imperio otomano con las grandes potencias europeas y exaltó los anhelos independentistas de las restantes nacionalidades balcánicas.

Fue la rebelión griega la que dio pretexto a Mahmud para sacudirse la tutela de los conservadores. El primer paso debía ser la eliminación de los jenízaros, opuestos a cualquier reforma que mermase su poder y cuyos *agas* se habían convertido en auténticos árbitros de la política imperial. Durante años, el sultán había ido situando hombres leales en puestos claves de la Administración e incrementando el poder de las tropas regulares creadas por su predecesor. Supo atraerse también el apoyo del clero musulmán, que recelaba de las simpatías procristianas de los jenízaros. Las sucesivas derrotas frente a rusos y helenos, que hundieron el prestigio de los cuerpos militares tradicionales, facilitaron finalmente el golpe de junio de 1826, en el que las unidades leales al sultán masacraron a los jenízaros y disolvieron la antigua organización militar.

Tan drásticas medidas redujeron aun más la capacidad defensiva de los turcos. Mahmud necesitaba paz para acometer sus proyectos y no dudó en pagar un duro precio. Por el tratado de Edirne (1829) y la Conferencia de Londres, el Imperio tuvo que reconocer la independencia de Grecia y aceptar la autonomía de los principados danubianos, bajo la tutela rusa. La crisis favoreció además los designios independentistas del gobernador de Egipto, Mehmed Alí, que en pocos años se hizo con el control de casi todo el Asia otomana, y que sólo se detuvo ante la imposición de Gran Bretaña, que comenzaba a asumir el papel de protectora del Imperio.

Estos desastres permitieron, sin embargo, acometer las primeras reformas. Mahmud contó para ello con un plantel de jóvenes funcionarios, encabezados por el gran visir, Mustafá Rasid Bajá y Mehmet Husrev Bajá, creador del moderno ejército otomano. Estos reformistas acometieron la modernización militar, creando escuelas y trayendo instructores europeos. Se reforzó el poder de la Administración central sobre las provincias, y se incrementó la capacidad recaudatoria del Estado. Las cuestiones de gobierno, hasta entonces en manos del Consejo imperial *(diwan)* y de los grandes visires, fueron asumidas por comisiones de expertos, que darían lugar a varios ministerios y a un Gobierno presidido por un primer ministro. Se crearon escuelas técnicas y, en 1831, apareció el primer periódico diario turco. Jóvenes otomanos fueron enviados a Occidente a estudiar, y en adelante formarían en vanguardia del sector reformista.

Estas medidas afectaban fundamentalmente a las clases dirigentes. No se trataba de grandes transformaciones y, dadas las resistencias, el avance de las reformas era muy lento, pero se estaban estableciendo las bases para ulteriores progresos.

Mahmud II falleció en 1839. Sus hijos Abdul Me-

LOS BALCANES (1878-1912)

IMPERIO AUSTRO-HUNGARO · IMPERIO RUSO · RUMANIA · SERBIA · BULGARIA · MONTENEGRO · GRECIA · IMPERIO OTOMANO · ITALIA

MAR ADRIATICO · MAR MEDITERRANEO · MAR EGEO

SERBIA
- 1876
- 1878

BULGARIA
- 1878
- 1885
- Límites según el Tratado de San Estéfano (1878)

RUMANIA
- Princip. rumanos
- 1878

IMP. RUSO
- 1856-76
- 1878

MONTENEGRO
- 1876
- 1878

GRECIA
- 1864
- 1881
- Pérdidas 1889

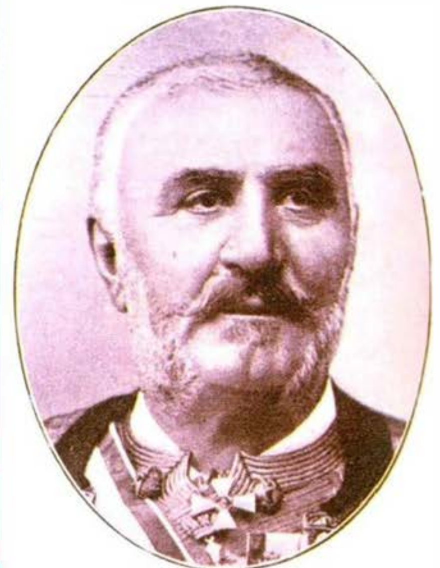
AUSTRIA-HUNGRIA
- 1876
- Ocupado 1878

IMP. OTOMANO
- 1878-1912

G. LLORENTE



Alejandro I de Serbia

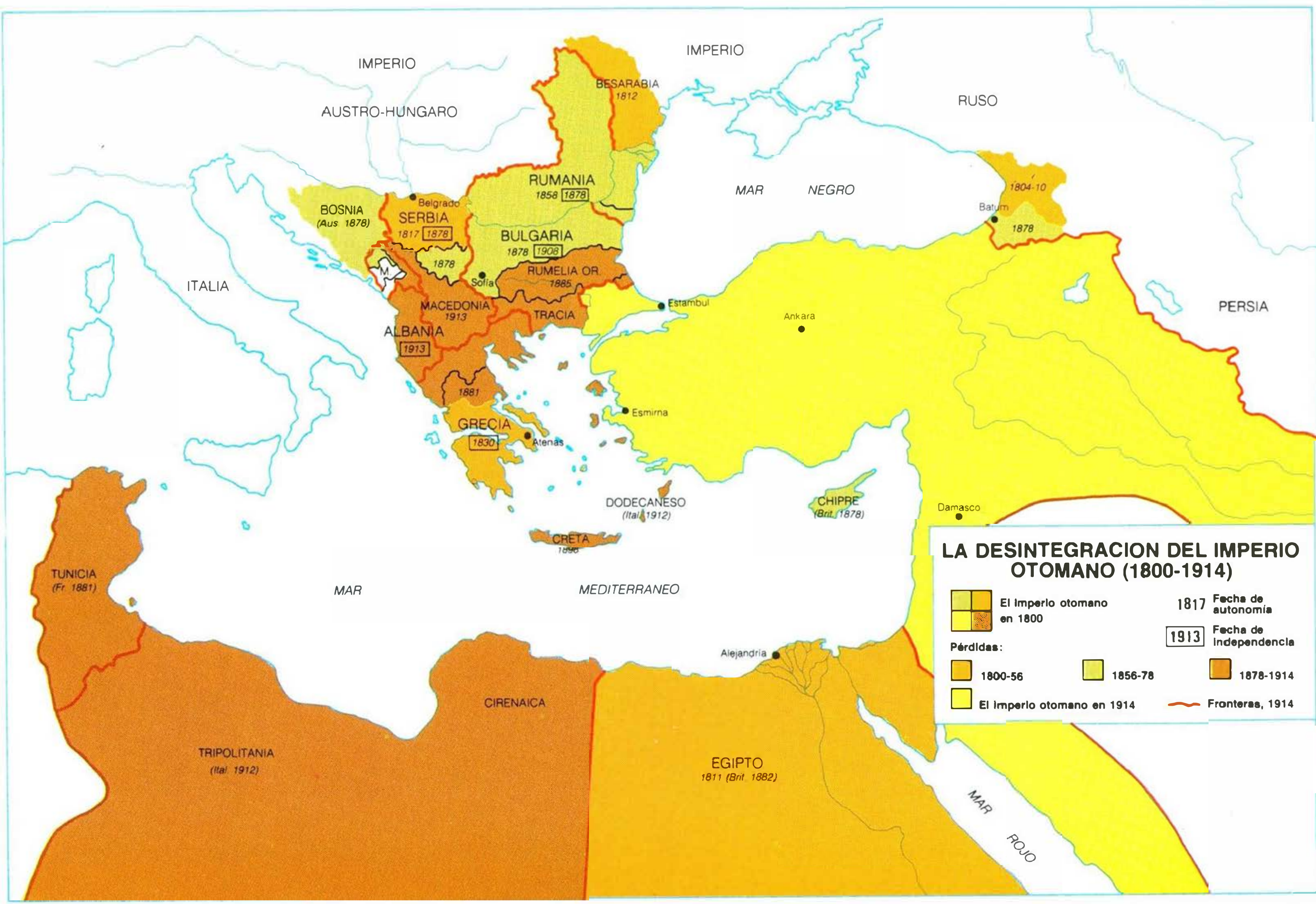


Nicolás I de Montenegro

Desmembración del Imperio otomano: a la izquierda, *en la región de los Balcanes, y* a la derecha, *en el conjunto de los territorios turcos*

cid (1839-1861) y Abul Aziz (1861-1876) serían los encargados de plasmar sus proyectos en un programa conocido como *tanzimat-i hayrye* (legislación útil), o simplemente como las *reformas Tanzimat*. El primer paso fue la promulgación, en noviembre de 1839, del Edicto Imperial de Gülhané, que proclamaba la igualdad de todos los súbditos del Imperio, establecía la unidad jurisdiccional, frente a la anterior separación por comunidades religiosas, y reforzaba el control de la Administración central sobre el cobro de los impuestos y el reclutamiento militar.

Durante tres décadas, Mustafá Rasid Bajá y sus seguidores desarrollaron un amplio abanico de reformas, que buscaban la recuperación del Estado otomano a través de la importación de modelos occidentales y la eliminación de los anquilosados patrones religiosos y sociales. Se trataba de modernizar los instrumentos de gobierno, no de mutar las estructuras del poder político. Por ello, fue una reforma *ilustrada,* amparada por los elementos más lúcidos de las clases dirigentes, y no un auténtico movimiento de democratización de la vida pública. Las medidas afectaron fundamentalmente al funcionamiento de la Administración y del Ejército, aunque sus efectos a largo plazo se manifestaron en todas las facetas de la vida del Imperio. Así, se estableció un Código de Comercio y se adaptó el Código Civil de Napoleón. Con el decreto *Hatt-i Humayun,* promulgado en 1856, las *reformas Tanzimat* alcanzaron su punto culminante.


IMPERIO
AUSTRO-HUNGARO
IMPERIO
RUSO
BESARABIA
1812
RUMANIA
1858 1878
MAR
NEGRO
1804-10
Batum
1878
BOSNIA
(Aus 1878)
Belgrado
SERBIA
1817 1878
BULGARIA
1878 1908
1878
M
Sofía
RUMELIA OR.
1885
ITALIA
Estambul
Ankara
PERSIA
MACEDONIA
1913
TRACIA
ALBANIA
1913
1881
Esmirna
GRECIA
1830
Atenas
DODECANESO
(Ital. 1912)
CHIPRE
(Brit. 1878)
Damasco
CRETA
TUNICIA
(Fr. 1881)
MAR
MEDITERRANEO
Alejandría
CIRENAICA
TRIPOLITANIA
(Ital. 1912)
EGIPTO
1811 (Brit. 1882)
MAR
ROJO
LA DESINTEGRACION DEL IMPERIO OTOMANO (1800-1914)
El imperio otomano en 1800
1817 Fecha de autonomía
1913 Fecha de independencia
Pérdidas:
1800-56
1856-78
1878-1914
El imperio otomano en 1914
Fronteras, 1914

En él se manifestaba el propósito de crear una única nacionalidad turca para todas las comunidades religiosas del Imperio, abolía las potestades civiles de las autoridades religiosas, garantizaba la igualdad ante la ley y la elegibilidad de los cargos públicos, suprimía la tortura y reformaba el sistema impositivo, eliminando las discriminaciones religiosas. La creación, en 1861, del Consejo de Ordenanzas Judiciales permitió unificar los dispersos organismos de justicia que actuaban sobre las distintas comunidades, mientras que la reforma de la administración local restó poder a las oligarquías y reforzó el control del Estado sobre los sanjarcados y las uniones tribales.

Tan ambiciosas reformas no se acometieron sin resistencias. Los cortesanos preteridos por los nuevos burócratas reformistas, los ulemas y qadíes despojados de parte de su poder, los militares recelosos de la preeminencia de los funcionarios civiles, ejercían un contrapeso que, con el apoyo de la diplomacia rusa, terminaría revelándose eficaz. Por otra parte, los sectores más radicales del bando reformista no se conformaban con medidas administrativas, y en 1865 crearon, a imitación de otros movimientos nacionalistas, la asociación de los *Jóvenes Turcos,* que preconizaba una Constitución parlamentaria y un Estado nacional en el que cupieran en igualdad de condiciones todas las comunidades del Imperio.

La cuestión de Oriente

Mientras tradicionalistas y reformistas pugnaban por imponer su modelo de Estado, el Imperio otomano se convertía cada vez más en un juguete de las grandes potencias. La permanente ingerencia de la política zarista, empeñada en actuar de protectora de los pueblos cristianos del Imperio, y la rivalidad ruso-británica en el Mediterráneo oriental condujeron en 1854 a la guerra de Crimea, en la que fueron contenidas las ambiciones rusas sobre los Balcanes a costa de graves pérdidas humanas y económicas para los turcos que, por el Tratado de París (1856), tuvieron que admitir la neutralización de los Estrechos a cambio de la reafirmación, poco más que teórica, de la soberanía otomana sobre Serbia y los principados rumanos. La guerra tuvo, además, otra nefasta consecuencia. Los gastos que acarreó obligaron a la Sublime Puerta a contraer grandes deudas con sus aliados y a suscribir desfavorables tratados de comercio, que abrieron sus fronteras a una riada de manufacturas. La economía del Imperio se haría cada vez más dependiente de las grandes potencias industriales.

El reinado de Abdel Aziz fue relativamente pacífico, y ello permitió a los reformistas dar un considerable impulso a su programa. Pero los problemas se acumulaban. La política de modernización implicaba grandes gastos, lo mismo que el mantenimiento de un enorme ejército. Al creciente endeudamiento exterior, sobre todo con banqueros franceses y británicos, se sumaron las consecuencias de la *gran depresión* mundial de los años setenta y un período de pésimas cosechas entre 1872 y 1875. Pese a la subida continua de los impuestos, en ese último año, el Gobierno otomano tuvo que declararse insolvente para hacer frente a la deuda exterior. El Tesoro estaba exhausto, lo que favorecía la corrupción de los funcionarios mal pagados. El paneslavismo, impulsado por los rusos, provocaba una continua agitación en los Balcanes y animaba frecuentes levantamientos.

Este cúmulo de adversidades terminó provocando una reacción defensiva de los turcos. La presión de los nacionalistas condujo a la adopción de medidas de turquización en diversos puntos del Imperio, que fueron mal recibidas por las poblaciones no turcas. Los levantamientos de Bosnia y Bulgaria, en la primavera de 1876, dieron pretexto para intervenir a los liberales, que obligaron a abdicar a Abdul Aziz, considerado débil y tibio ante las reformas. Le sustituyó Murad V, un enfermo mental que reinó dos meses, y luego Abdul Hamit (1876-1908), un gobernante desconfiado y sumamente reaccionario que, mediante una mezcla de astucia y crueldad, lograría frenar las reformas y contener la disgregación del Imperio.

La primera medida de los liberales, tomada para evitar la intervención de las potencias europeas, fue la promulgación en diciembre de 1876 de una Constitución preparada por el primer ministro, Midhat Bajá. El texto proclamaba la igualdad de todos los súbditos del Imperio, secularizaba el poder judicial y establecía un Parlamento bicameral, en el que la Cámara Alta sería designada por el sultán y los diputados elegidos por el pueblo mediante sufragio indirecto.

La Constitución llegaba tarde. Para los cristianos balcánicos parecía llegada la hora de la independencia y su protectora, Rusia, no iba a dejar escapar la ocasión. En abril de 1877, el Gobierno zarista declaró la guerra a Turquía. En pocos meses, los ejércitos otomanos fueron barridos de los Balcanes y del Cáucaso. La paz de San Stefano, firmada en marzo de 1878, representaba para Turquía la pérdida de sus provincias europeas, excepto Estambul, y el pago de una ruinosa indemnización.

El desastre provocó una reacción contraria al régimen constitucional. Abdul Hamit aprovechó la derrota para disolver el recién formado Parlamento, cesar a Midhat Bajá y a sus ministros liberales y suspender la Constitución. Se frustraba así el primer intento de democratización del Estado otomano.

El restablecimiento de la autocracia se vio favorecido por la situación internacional. Austria y Gran Bretaña, temerosas de la hegemonía rusa en Europa oriental, presionaron en favor de la revisión del tratado de San Stefano. Una Conferencia Internacional reunida en Berlín elaboró un nuevo acuerdo (julio de 1878) por el que se devolvían a Turquía sus provincias macedonias y tracias a cambio de la cesión de territorios armenios a Rusia y del reconocimiento de la autonomía para Bulgaria. La región de Bosnia-Herzegovina, bajo teórica soberanía turca, sería administrada por Austria-Hungría y Gran Bretaña se cobraba sus servicios con la adquisición de Chipre.

Humillada y menguada, Turquía había podido, sin embargo, superar la crisis. El Imperio otomano quedaba convertido en una potencia de segundo orden, dependiente del juego de intereses de las grandes potencias y de las aspiraciones territoriales de sus vecinos. La quiebra económica del Estado se acentuó, hasta el punto de que, en 1881, la deuda exterior pasó a ser administrada por los propios acreedores. No obstante, el período 1878-1908 aportó una evidente modernización al país, que recibió una importante inyección de capitales extranjeros. La construcción de ferrocarriles se convirtió en un tema prioritario. Británicos, alemanes y franceses se disputaron las inversiones en una red ferroviaria de enorme interés estratégico, sobre todo el ferrocarril Estambul-Bagdad. En 1908, los ferrocarriles turcos alcanzaban los 6.000 kilómetros de vías. El capital extranjero permitió modernizar los servicios de las grandes ciudades y poner en marcha la explotación de grandes recursos mineros y energéticos, así como el desarrollo de una modesta industria manufacturera; Turquía se modernizaba a costa de hipotecar su futuro desarrollo económico.

Pese a su oposición a las reformas, Abdul Hamid mantuvo las grandes líneas de las *reformas Tanzimat,* modernizando el aparato burocrático, progresando en la secularización del Estado y apoyando la reorganización del sistema educativo según patrones occidentales.

En el último cuarto del siglo XIX, el Imperio continuó perdiendo territorios. En 1881, los franceses ocuparon Tunicia, vasalla hasta entonces del sultán. Los británicos, que ya se habían hecho con el control del Canal de Suez, convirtieron en protectorados las teóricas posesiones turcas en Egipto, Sudán y Kuwait. En 1885, los búlgaros se anexionaron la Rumelia oriental y, doce años después, los griegos ocuparon Creta. En Asia los armenios se alzaban en armas a partir de 1894, reivindicando la autonomía, actitud que fue respondida con una salvaje represión que mereció la repulsa internacional. En el corazón de la Península Arábiga, el monarca wahabita Ibn Saud llamaba a los árabes a la rebelión y lograba el repliegue temporal de los turcos de Yemen y Hezjaz. Finalmente, en 1908, Bulgaria proclamaba su plena independencia, mientras el Gobierno de Viena anexionaba Bosnia-Herzegovina al Imperio Austro-Húngaro. El Imperio otomano estaba al borde del colapso.

El régimen de los Jóvenes Turcos

El régimen personal de Abdul Hamid y sus claudicaciones ante las grandes potencias terminaron alentando un movimiento de protesta que fue ganando fuerza. Pese a la represión policial, aparecieron algunos núcleos de oposición interior, mientras entre los estudiantes turcos residentes en el extranjero crecía la conciencia revolucionaria. Pero los grupos opositores estaban demasiado divididos como para actuar conjuntamente bajo la antigua bandera de los *Jóvenes Turcos.* No serían los intelectuales, sino los militares, quienes dieran el impulso definitivo a la revolución.

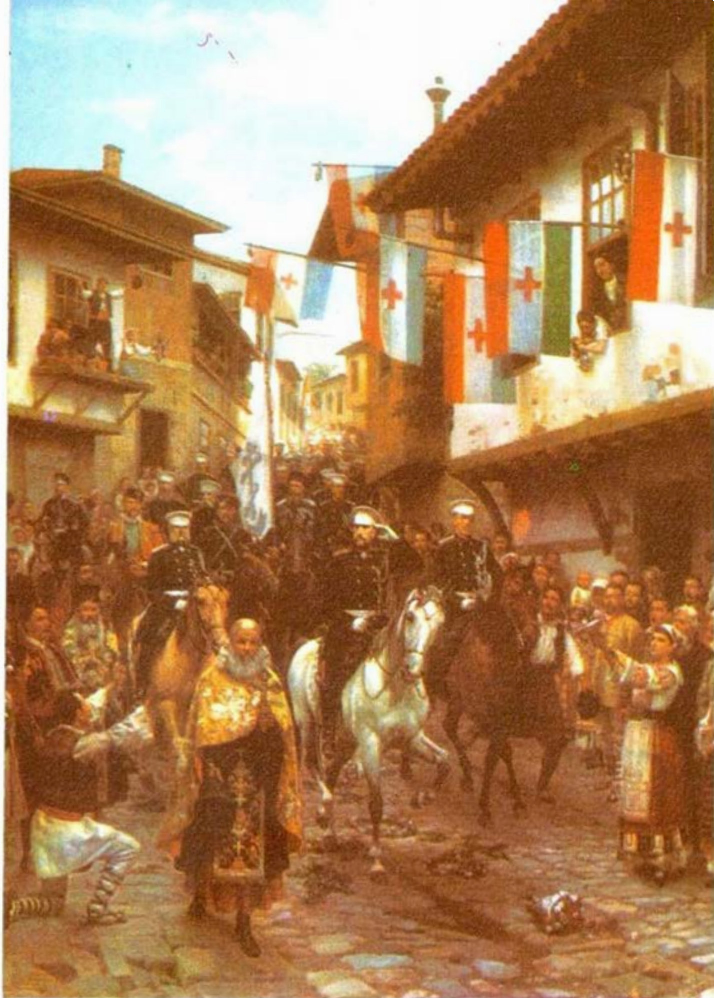
Muchos oficiales compartían la admiración por las potencias occidentales con un extremado nacionalismo y un creciente disgusto ante la crisis del Imperio. En 1891, los oficiales del ejército de Macedonia crearon el *Comité Unión y Progreso.* En Damasco, apareció en 1905 una sociedad secreta, *Patria y Libertad,* fundada por otro militar, Mustafá Kemal. Poco después, ambos grupos entraban en contacto y en 1907 se fusionaron con la oposición exterior en el partido de los *Jóvenes Turcos.*

En julio de 1908, las unidades macedónicas se levantaron en favor de la Constitución de 1876. Abdul Hamid, atemorizado, accedió a las peticiones de los rebeldes y restableció el régimen constitucional. En las elecciones celebradas a finales de año, los *Jóvenes Turcos* coparon prácticamente los puestos de la Asamblea. Pero la revolución no estaba consolidada. Al impacto de la crisis de Bosnia se unió el rechazo de los conservadores a la Constitución y la negativa de grandes sectores de la población cristiana a aceptar el proyecto de unidad nacional ofrecido por los nuevos gobernantes. Apoyándose en tropas leales, el sultán dio un contragolpe en abril de 1909 y se hizo con el control de la capital. Pero poco después, el ejército de Macedonia entraba en Estambul y sustituía a Abdul Hamid por su hermano, Mehmet V.

No tendrían, sin embargo, los liberales la paz que precisaban para imponer sus drásticas medidas de reforma. En 1910, Macedonia y Albania se convirtieron en focos de revueltas antiturcas, mientras los árabes proseguían su particular guerra de liberación. Un año después, los italianos, que buscaban un imperio colonial en las escasas porciones de Africa aún libres del dominio europeo, declararon la guerra a Turquía. El ejército otomano, incapaz de atender tantos frentes, cedió una vez más. El precio de la derrota fue Libia y las islas egeas del Dodecaneso, convertidas en colonias italianas.

La reacción de las élites turcas fue, nuevamente, el recurso al nacionalismo. A partir de 1910, el ala más autoritaria de los *Jóvenes Turcos,* integrada fundamentalmente por militares, consolidó su control sobre el Estado. Los gobernantes abandonaron paulatinamente sus proyectos de fusión de las comunidades del Imperio en una sola nacionalidad, para adoptar un nacionalismo específicamente turco y musulmán, defensor de la ideología panturania, y cuyo más destacado representante era el ministro de la Guerra y hombre fuerte del régimen, Enver Bajá. La presión turquizadora se aceleró, lo que aumentó las tensiones en el interior del país y provocó las protestas de sus vecinos balcánicos.

En octubre de 1912, Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro se lanzaron sobre las provincias europeas de Turquía, dispuestas a repartirse los despojos. En pocas semanas, los búlgaros se acercaron a las proximidades de Estambul, mientras griegos y serbios ocupaban Macedonia. El Gobierno turco tuvo que pedir la paz. Por el Tratado de Londres, sus posesiones europeas quedaron reducidas a la zona de la capital. Pero a la Primera Guerra





Entrada de las tropas rusas en Tirnovo (Bulgaria), en 1877 (arriba). *Postal conmemorativa de la unión de Creta a Grecia, 1905*

Balcánica le sucedió la Segunda, en la que variaron las alianzas. Vencedores ahora de los búlgaros, los otomanos pudieron recuperar el reducido territorio que hoy es la Turquía europea (Paz de Bucarest, agosto de 1913).

El Imperio otomano salió arruinado de las Guerras Balcánicas. A las grandes pérdidas territoriales se unía la sangría económica y humana y el problema que planteaban los miles de refugiados de las zonas evacuadas. En tan dramática coyuntura, los *Jóvenes Turcos* dieron muestras de una extraordinaria capacidad. El Gobierno adoptó un drástico programa de reformas económicas, sociales y administrativas. El recelo hacia sus vecinos y hacia Rusia llevó a los dirigentes otomanos a acercarse al Imperio Alemán. Instructores alemanes asumieron la reorganización y el rearme del Ejército turco, mientras se reforzaba la presencia de los capitalistas germanos en el Imperio. Enver Bajá y sus colaboradores se convirtieron en un decisivo grupo de presión germanófilo.

El final

Turquía tardó varios meses en entrar en la Primera Guerra Mundial. La alianza ruso-británica y la actitud intolerante de los Aliados, que exigieron la ruptura con Alemania, favoreció la actividad de los germanófilos. En noviembre de 1914, el Gobierno de Estambul declaró la guerra a Rusia y movilizó sus tropas.

Durante cuatro años, los ejércitos otomanos se batieron en Macedonia, en el Cáucaso, en Mesopotamia y en Palestina. Cuando, en septiembre de 1918, los aliados lograron la ruptura del frente balcánico y macedonio, y las tropas franco-británicas se internaron profundamente en el Imperio, a los *Jóvenes Turcos* no les quedó más remedio que aceptar el armisticio de Mudros, en espera de una paz que liquidase definitivamente —así se pensaba— la cuestión de Oriente.

El Imperio otomano debía desaparecer. Así lo habían acordado los aliados en los sucesivos repartos de su territorio acordados durante la guerra. En Sèvres, cerca de París, los enviados del sultán firmaron, el 10 de agosto de 1920, el tratado de paz que reducía los dominios otomanos a la península anatólica. Británicos, franceses y griegos se repartieron los restantes despojos. Mehmet V, prisionero en su propia capital de las tropas vencedoras, no era ya sino el símbolo de un pasado que parecía definitivamente liquidado.

Sin embargo, en el interior de Anatolia, el espíritu de los *Jóvenes Turcos* tomaba cuerpo en uno de sus dirigentes más populares, Mustafá Kemal, el líder que merecería el apodo de *Ataturk, padre de los turcos*. Su triunfo, tras una dura lucha, marcaría el resurgir de Turquía como un Estado moderno y republicano, en el que se harían realidad muchos de los proyectos que generaciones de reformadores habían soñado. Cuando, el 4 de marzo de 1924, Mehmet V cruzó la frontera búlgara camino del exilio, el último vestigio del Imperio otomano desapareció definitivamente de la historia.

Alegoría de la Constitución otomana de 1908 (arriba). *Batalla de Velestino en la guerra greco-turca de 1897* (abajo)

Economía y sociedad

Mercè Viladrich
Doctora en Historia

LA larga vida del Estado otomano, establecido en 1372 con la conquista de Macedonia y liquidado a partir del tratado ruso-turco de Kutchuk-Kainardji en 1774, atrajo la atención del gran historiador Arnold J. Toynbee. En su obra *Estudio de la historia,* Toynbee había reconocido la autoridad del historiador y sociólogo árabe Ibn Jaldún (1332-1406) y sus argumentos sobre la decadencia rápida e inexorable de los imperios establecidos por conquistadores nómadas.

Ibn Jaldún en los *Prolegómenos a la historia universal* atribuía la causa de la extinción prematura de dichos imperios a la transferencia geográfica de una comunidad nómada, desde su ámbito nativo a un nuevo contorno en el que ejercer el dominio sobre comunidades extranjeras de sedentarios. Según Toynbee, *dominar todo el cuerpo social de una civilización extranjera era la tarea más dura que podía imponerse un conquistador nómada.*

Este empeño exigió de los osmanlíes, desde el gobierno de Osman Ghazi, a comienzos del siglo XIV, hasta Solimán el Magnífico (m. 1566), un despliegue extraordinario de las capacidades nómadas para conservar el imperio, adiestrando a esclavos como auxiliares humanos para ayudarles a mantener el orden entre sus *rebaños humanos.* A pesar de ser una carga económica para las comunidades extranjeras —*Rum eli,* expresión que designa a la península balcánica, el país de los cristianos en turco, fue una reserva permanente de hombres y riquezas—, los osmanlíes proporcionaron al mundo cristiano-ortodoxo una formación política oriental, muy sólida, que difícilmente éste hubiera alcanzado por sí mismo.

Muchos grandes éxitos militares del Islam y sus expansiones consecuentes, a lo largo de la Baja Edad Media y en los primeros tiempos modernos, fueron llevados a buen término por líderes turcos. Entre todos los grupos étnicos del Próximo Oriente que abrazaron el Islam, los turcos se convirtieron en los más comprometidos en la expansión y la defensa de sus fronteras. Su sociedad, al igual que su fe, retuvo muchas peculiaridades de organización y religión militantes propias del musulmán de frontera. La Turquía de los siglos XVII y XVIII ofrece un ejemplo insólito como figura sintética del Islam y su sociedad se revela dominada por una serie de principios entre los que destaca la tradición religiosa y política.

Su religión tuvo un temperamento diferente de la de las tierras centrales del Islam, y se vio impregnada por características especiales. A diferencia de sus hermanos de Iraq o de los mamelucos egipcios, educados en la atmósfera cosmopolita de las viejas capitales del Islam, los turcos fueron convertidos en las fronteras, lejos de la sutileza de la Bagdad abbasida y de la ortodoxia meticulosa de los teólogos de las escuelas. Sus maestros fueron derviches, ascetas y místicos que vivían una fe militante.

El imperio fue edificado, desde su origen, sobre el límite geográfico del Islam, volcado a una expansión continua que empujaba cada vez más hacia Occidente. La conquista, *fath,* es también, etimológicamente, *apertura* a la acción civilizadora y moralizadora del Islam sobre nuevos territorios que permitieron, gracias al botín, la manutención del ejército de invasión.

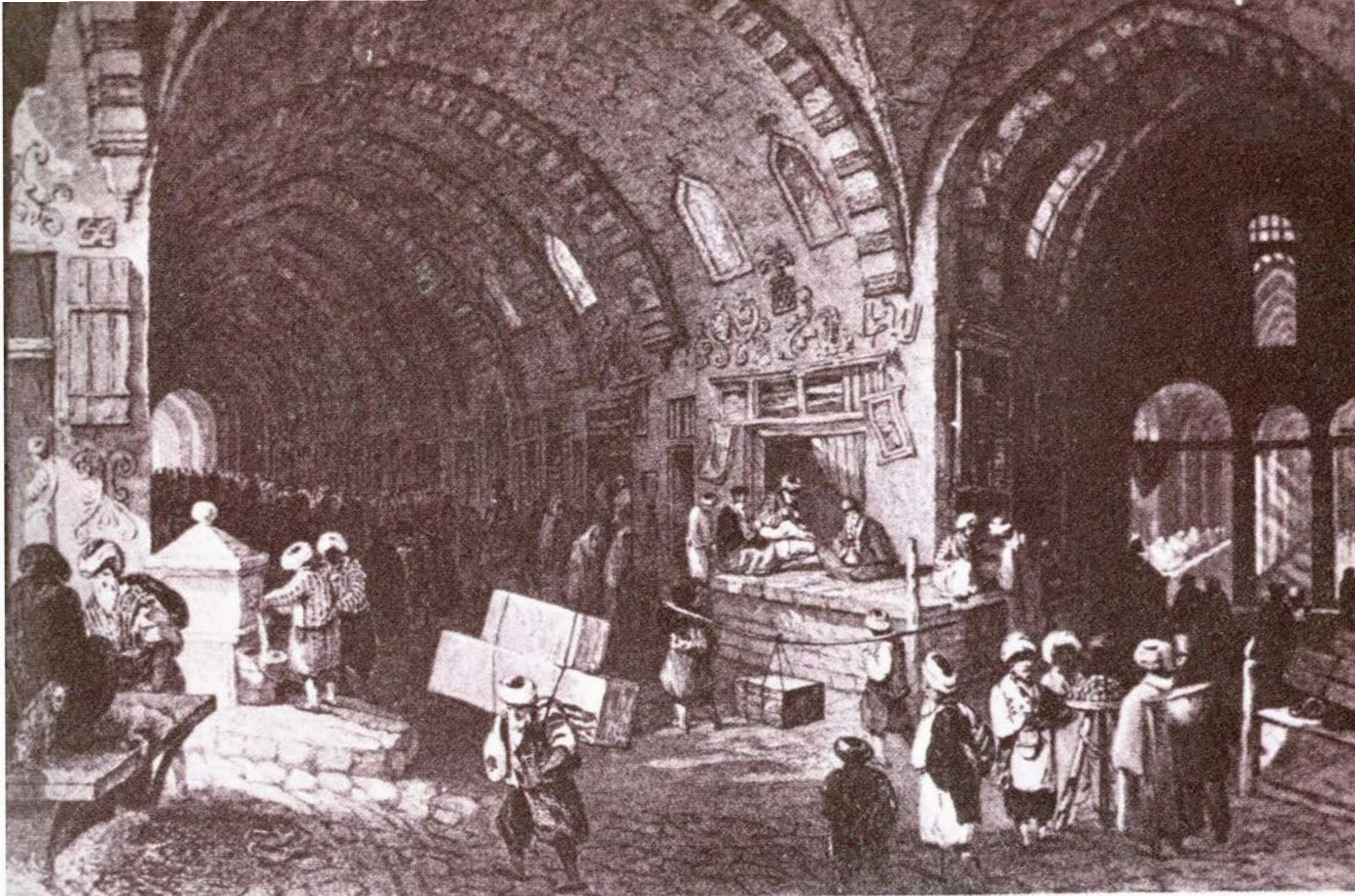
El sultán

Frontera e Islam son, pues, dos elementos que configuran la sociedad turca. Pero existió un tercero: el concepto de autoridad política personificada en el *padisha* o sultán. La figura del *padisha,* que se encontraba investida de poder absoluto, hizo crecer a su alrededor un sistema patrimonialista.

Este sistema se apoyaba en un principio elemental del poder en las formaciones políticas orientales: cada sociedad debía tener un jefe cuyo dominio fuera categórico. Dicho principio se auxiliaba en la tradición islámica, según la cual el *padisha* era la sombra de Dios en la tierra y ostentaba la posición más elevada en la ordenación divina del mundo. Como cabeza de un Estado oriental el soberano no tenía poder sin soldados, soldados sin tributos, tributos sin popularidad entre sus súbditos, y popularidad sin justicia.

El *padisha* apoyaba su autoridad política en otro pilar muy sólido: la tradición del Estado. Estado y sultán ocupaban juntos una posición paternal desde la que garantizaban la justicia y promovían el bienestar público. El gobierno otomano no ejercía su poder tanto a través de una fuerza directa como mediante unos lazos recíprocos de patronazgo basados en el intercambio de bienes y servicios por protección y mantenimiento del orden y la prosperidad.

El orden social otomano alcanzó una gran elaboración basada en las funciones de sus súbditos (militares, religiosos, servicios, civiles, artesanado, comercios y agricultura) y también en las identidades étnico-religiosas, ya que cada



Bazar de Estambul (grabado del siglo XVIII)

una de las comunidades religiosas no musulmanas disfrutaba de una autonomía limitada que contribuía a la inflexibilidad de la estructura social y reforzaba la resistencia al cambio. La totalidad del sistema otomano estaba engranada con precisión para incrementar la dominación del poder político.

Este orden social fue construido con la práctica del *deushirmo* o aislacionismo de la burocracia civil y militar del resto de la sociedad turca a través de un sistema de reclutamiento que favorecía la naturaleza personalística del poder patrimonial. El aislacionismo se promovía seleccionando los cuadros del poder entre los súbditos no-musulmanes, reducidos a la categoría de esclavos y privados del derecho al matrimonio, a la propiedad privada y a la herencia de sus vástagos.

La clase militar, *askeri*, procedía de levas periódicas entre los jóvenes cristianos que eran convertidos al Islam, entrenados para desempeñar el cargo de gobernadores y alejados de su entorno social para prevenir el desarrollo de elementos de poder marginales. El funcionamiento religioso, de procedencia obvia musulmana y libre, era también designado por el *padisha* para sus categorías más elevadas y carecía, como la clase militar, de derechos hereditarios.

En las sociedades así organizadas los conflictos son siempre sintomáticos y expresan las divisiones sociales y económicas que se originan en las distinciones funcionales. El Estado otomano brilló tanto como para llegar a eclipsar todas las otras estructuras e instituciones sociales con el resultado de provocar un distanciamiento entre el centro político y su periferia.

Formaban la periferia los *reaya*, musulmanes o no, sujetos a tributación y sin participación alguna en el gobierno, campesinos o habitantes de las ciudades, sedentarios o nómadas. Los habitantes de los núcleos rurales y de las ciudades, mercaderes y artesanos, no gozaban de ningún tipo de privilegio ni inmunidad análogos a los de sus contemporáneos occidentales, derivados de las instituciones gremiales y de gobierno municipal.

No existe comparación posible con las formaciones occidentales contemporáneas. En la sociedad otomana no hay clases intermedias, ni burguesía creciente con el paso de los años, ni jerarquía eclesiástica independiente, ni feudalidad ligada a los grandes dominios y base de un poder político, ni nobleza hereditaria. Toda comparación se asentaría en nociones erróneas y en un vocabulario radicalmente inadecuado.

Siguiendo el ejemplo de los Estados musulmanes, el gobierno otomano declaró toda la tierra agrícola *miri* o dependiente del Estado, no obstaculizada por ningún derecho de propiedad privada. Sobre la tierra agrícola confluían una serie de derechos simultáneos correspondientes al Estado, a los *sipahi*, o señores territoriales, y a los campesinos.

Se estableció un sistema de feudos militares análogos a los conocidos como *pronoia* en el imperio bizantino, cuyo equivalente en persa fue

designado como *timar*. De hecho existieron dos tipos distintos de feudos, ambos concedidos a cambio de un servicio militar: el *timar*, con un valor de renta anual de menos de 20.000 *akçes* (unidad de cuenta del sistema monetario) y el *zeamet*, con un valor anual entre los 20.000 y los 100.000 *akçes*.



El sistema de propiedad de la tierra, que proporcionaba a los *sipahi* la propiedad permanente, limitaba sus derechos a la recaudación de tributos, en parte entregados al Estado, y al control sobre el campesinado. La concesión de feudos, *timar* o *zeamet*, no transmisibles a los descendientes —costumbre que no tiene ninguna relación con la legislación coránica— descartaba la formación de una nobleza hereditaria e incrementaba la dependencia de los sujetos.

Como resultado de esta organización del dominio territorial, el caballero residía en un núcleo rural que era por sí mismo una fuente de ingresos y donde le era fácil colectar el *lithe* o tasa en especie sobre la cosecha. Al campesino le era imposible pagar de otra forma que en especie.

Con este medio de tributación el Estado veía reducidas sus entradas. Frente a la escasez de oro y plata, bases del sistema monetario, el Estado debió enfrentarse a dificultades para financiar sus proyectos y para mantener el dispositivo militar. Mediante el sistema de feudos podía afrontar la situación asignando al ejército parte de las rentas agrícolas para que fueran colectadas directamente por la organización militar.

Censos

Con el fin de mantener un control centralizado continuo sobre la tierra y la producción agrícola, el gobierno tenía que determinar en detalle todas las fuentes de renta en las provincias y organizar registros que mostrasen la distribución de las mismas. Para ello se creó un comisionado llamado *Il yazicisi*, encargado de censar a los cabezas de familia y la tierra que poseían.

Debía calcular la cantidad de moneda a obtener en cada pueblo procedente del *çift resmi* (*ispence* entre los cristianos), o tasa en metálico, y las tasas incidentales; por ejemplo, las derivadas de matrimonios o de defunciones. Con ello fijaba la cantidad que cada núcleo rural adeudaba al fisco. De dicha cantidad se deducía la correspondiente al sultán y a sus visires y el resto se repartía entre los *sipahi* de los *timar* y de los *zeamet*.

A continuación preparaba otro sumario mostrando la distribución de las rentas. Este sumario era precedido por unos cánones que legislaban sobre las condiciones y las proporciones establecidas para la colecta de rentas.

Las cláusulas de estos cánones regulaban también las relaciones entre los *sipahi* y los *reaya*. El campesino pagaba sus impuestos según estas normas y no podía cambiar su estatus hasta una nueva revisión catastral.

Quienes trabajaban la tierra disfrutaban de un derecho usufructuario hereditario, pero no podían venderla, ni siquiera transferirla sin permiso. No podían alterar a su conveniencia el tipo de cultivo establecido y si abandonaban la tierra sin explotarla por un período de tres años el *sipahi* podía concederla a otro. Si huían para establecerse en la tierra vacante de otro *timar* debían abonar al nuevo *sipahi* una suma establecida. No obstante, el estatuto jurídico de los campesinos les garantizaba mejores condiciones que las de los siervos occidentales, puesto que vivían bajo la protección de un Estado centralizado y un sistema legal independiente del poder inmediato.

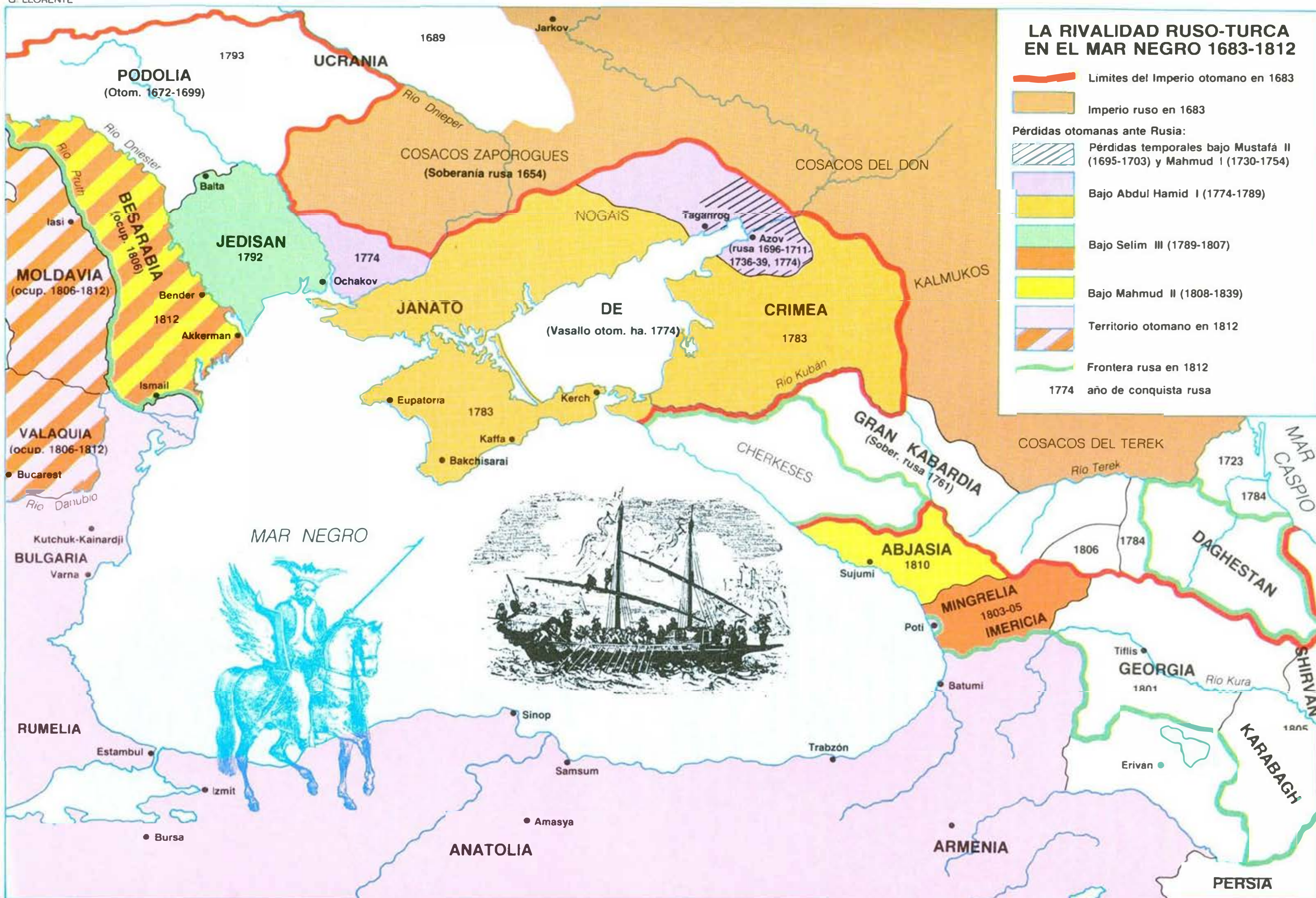
El gobierno central conservaba dos copias de los registros censales, uno de ellos en la oficina del *nisanci* o responsable oficial de la legalidad de los documentos, y otra en la oficina provincial del *Beylerbeyi* o gobernador provincial de máximo rango. Si surgía alguna disputa el *qadi* consultaba estos censos antes de tomar su decisión.

A principios del siglo XV los decretos del sultán protegiendo a los *reaya* evidencian cierto abuso de privilegios por parte de los *sipahi* y los *bey*. Los campesinos se quejaban en especial de su costumbre de instalarse en sus casas, con séquito y animales, bajo pretexto de mantener el orden o de perseguir sospechosos, de sus tentativas para colectar en metálico algunos impuestos establecidos en especie.

Pero a lo largo de los siglos XVI y XVII las condiciones de vida de estos granjeros adscritos a la tierra se modificaron. La población global del imperio creció rápidamente causando el incremento del total de la tierra en cultivo. El valor de la tierra y de sus rentas aumentó. La legislación, hasta entonces reticente al abandono de la tierra, se suavizó promoviendo un flujo de población desde los núcleos rurales hacia las ciudades. A su vez el Estado recompensaba al *sipahi* que extendiera el área de tierra productiva del Estado mediante roturaciones y asentamiento de nuevos colonos. Con toda probabilidad en este tiempo la extensión de tierras en cultivo alcanzaba los límites máximos que la tecnología de la época permitía.

El *sipahi*, aunque no se ocupaba en la producción agrícola, recibía para su sustento y el de sus animales un *cift* de tierra, unidad que variaba según las zonas de 60 a 150 dönüms (940 m). A mediados del siglo XVI gran parte de las granjas de los *sipahis* fueron transferidas a

G. LLORENTE



LA RIVALIDAD RUSO-TURCA EN EL MAR NEGRO 1683-1812
Limites del Imperio otomano en 1683
Imperio ruso en 1683
Pérdidas otomanas ante Rusia:
Pérdidas temporales bajo Mustafá II (1695-1703) y Mahmud I (1730-1754)
Bajo Abdul Hamid I (1774-1789)
Bajo Selim III (1789-1807)
Bajo Mahmud II (1808-1839)
Territorio otomano en 1812
Frontera rusa en 1812
1774 año de conquista rusa
PODOLIA
(Otom. 1672-1699)
1793
UCRANIA
1689
Jarkov
Río Dnieper
Río Dniester
COSACOS ZAPOROGUES
(Soberanía rusa 1654)
COSACOS DEL DON
Balta
Río Prut
BESARABIA
(ocup. 1806)
Iasi
JEDISAN
1792
1774
NOGAIS
Taganrog
Azov
(rusa 1696-1711, 1736-39, 1774)
KALMUKOS
MOLDAVIA
(ocup. 1806-1812)
Ochakov
Bender
1812
Akkerman
JANATO
DE
CRIMEA
(Vasallo otom. ha. 1774)
1783
Río Kubán
Ismail
Eupatoria
1783
Kerch
Kaffa
Bakchisarai
VALAQUIA
(ocup. 1806-1812)
Bucarest
Río Danubio
GRAN KABARDIA
(Sober. rusa 1761)
CHERKESES
COSACOS DEL TEREK
Río Terek
1723
MAR CASPIO
1784
Kutchuk-Kainardji
BULGARIA
Varna
MAR NEGRO
ABJASIA
1810
Sujumi
1806
1784
DAGHESTAN
MINGRELIA
1803-05
IMERICIA
Poti
Tiflis
GEORGIA
Río Kura
1801
SHIRVAN
Batumi
RUMELIA
Estambul
Sinop
Trabzón
Samsum
1805
KARABAGH
Eriván
Izmit
Bursa
Amasya
ANATOLIA
ARMENIA
PERSIA

los campesinos en tanto el *timar* cambiaba de significación y el *sipahi* pasaba a ostentar una posición de gobierno oficial.

Con el tiempo el Estado invistió a los *sipahi* con distintos poderes, haciéndoles responsables del orden en los pueblos. Se repartían con los *bey*, gobernadores provinciales, las multas procedentes de crímenes, aunque la autoridad para su imposición correspondió siempre al *qadi*.

El sistema de dominio descrito no funcionó con igual grado de perfección ni con la misma intensidad en todas las provincias conquistadas. Existieron un importante número de provincias autónomas diferenciadas de las que se encontraban bajo directo dominio otomano y en las que el sultán estableció guarniciones de jenízaros y nombró sus gobernadores. Egipto, Bagdad, Gasorá y Lahsa mantuvieron su autonomía local. Las rentas provinciales no eran distribuidas entre los *sipahi*: el gobernador, tras pagar todos los gastos militares y administrativos de la provincia o *sanjak*, tenía que remitir a la capital una cantidad fija anual llamada *salyane*. Otra versión distinta de la provincia autónoma fue el *hukumet sanjak* o provincias hereditarias del este de Anatolia, que pertenecieron al jefe tribal local. El *bey* tribal, cuyo cargo era hereditario, centralizaba todas las rentas de su provincia y contribuía al imperio con la aportación de un número fijo de tropas. El imperio incorporó también principados vasallos cristianos y musulmanes, provincias de frontera y llegó a reclamar su soberanía teórica sobre los Estados tributarios de Venecia, Polonia y el Imperio Habsburgo.

Las ciudades y el comercio

El historiador árabe al-Tabari (m. 923) apuntaba que los sasánidas consideraban el establecimiento de ciudades y pueblos y la construcción de caminos y puentes como un deber ineludible del soberano. En el período islámico esta tradición fue suplantada por la idea de unas obras públicas realizadas como acto piadoso y caritativo, contempladas como independientes de las actividades del Estado, aunque fueran a veces promovidas o subvencionadas por un soberano.

El Estado otomano asumió como propia esta responsabilidad pública al promocionar la construcción y el mantenimiento de canales, diques, caminos, puentes y caravaneras para favorecer el comercio y la agricultura que enriquecían la tesorería del imperio.

Siguiendo la tradición del Próximo Oriente, los turcos transformaron sus capitales —Bursa, Edirne y Estambul— en grandes ciudades que entre los siglos XVI y XVII incrementaron su población y se desarrollaron como centros comerciales. Tras la conquista de Mehmed en 1453, la ciudad de Estambul era la mayor capital del mundo, una gran metrópolis universal que reconocía oficialmente a los líderes espirituales de la ortodoxia griega, de armenios y judíos.

En esta ciudad confluía un nudo de comunicaciones, de rutas de caravanas y de líneas marítimas. Estambul se encontraba situada en el enclave de tres caminos, el que la conectaba con los Balcanes, la antigua vía Egnatia; la ruta militar de Belgrado, Sofía y Plovdiv, y la carretera del bajo Danubio y del valle del Tundza. A mediados del siglo XVI llegaban a Estambul anualmente diez caravanas procedentes de Iran, dos de Basorá y tres o cuatro de Alepo, una al mes de Polonia y una cada semana desde Izmir.

Cada tres meses salía una caravana hacia Irán y Asia central. Por mar o a través de sus posesiones continentales el imperio otomano estuvo, hasta finales del siglo XVIII, conectado con la mayoría de Estados europeos: Rusia, Polonia y Austria y todos los países del Mediterráneo que son sus vecinos inmediatos.

Desde el imperio romano ningún otro Estado en suelo europeo se había preocupado tanto por el mantenimiento de la red de comunicaciones y carreteras. Para asegurar el tráfico comercial y los viajes se crearon establecimientos mantenidos por *waqfs* (fundaciones piadosas) en las ciudades situadas a lo largo de las rutas principales. Su misión era llevar a buen término la construcción y la conservación de las vías comerciales, tarea que les era recompensada con la exención fiscal.

Un factor determinante en el establecimiento de fundaciones *waqf* fue la institución del *temlik*, o garantía real de la propiedad de derechos. En virtud del *temlik* un miembro del Estado, o una mujer de palacio, podía solicitar al sultán su apoyo para un proyecto caritativo y recibir una porción de tierra libre que, a veces, incluía algunos pueblos. Así se garantizaban tanto la salvación como la subsistencia para sus descendientes, que eran nombrados *mutawallis* de dichos complejos piadosos, evolucionando con el tiempo en una clase de señores territoriales absentistas.

No obstante, el desarrollo del fuerte Estado centralizado otomano desencadenó a mediados del siglo XVI la abolición de algunas fundaciones *waqf*, sobre todo de aquellas alejadas de las rutas principales, y la supresión de algunas instituciones encargadas de la seguridad de los viajeros, como los *zaviyes* (hospicios derviches), que por entonces habían perdido sus verdaderas funciones y disfrutaban aún de exenciones fiscales.

En sus núcleos urbanos los turcos se entregaron al desarrollo de los *imarets*, antigua institución del Próximo Oriente, o mejor dicho, complejo de instituciones, algunas piadosas (mezquita madrasa, hospital, albergue de viajeros, instalaciones para la explotación de recursos acuíferos, caminos y puentes) y otras que proporcionaban las rentas necesarias para su mantenimiento (mercados, caravaneras, baños, mo-

linos, tintorerías, mataderos, comedores comunitarios).

El *imaret* era promovido por una fundación *waqf*, autónoma financiera y administrativamente, que el Estado controlaba a través del *qadi* (juez local) o de un inspector expresamente nombrado para auditar sus cuentas y asegurarse del correcto funcionamiento de la institución.

Rivalidad comercial

Estos *imarets*, que hasta hace poco han dominado el paisaje urbano de Anatolia y los Balcanes, daban a las ciudades turcas un carácter peculiar.

Cada ciudad importante contaba con una mezquita aljama y un bedestán, edificio monumental que servía para proteger bienes comerciales valiosos y el dinero y las joyas de los ricos de la ciudad. En el bedestán se acumulaban los bienes y se congregaban los mercaderes. Alrededor de los bedestanes de las ciudades de los Balcanes, como Tatar, Pazarjik, Plovdiv, Sarajevo, Sofía, Skopje, Monastir, Serres y Salónica, crecieron grandes centros comerciales.

En el marco del comercio mediterráneo, hasta 1569 los Estados italianos, Venecia en particular, manejaron el comercio turco con el mundo cristiano occidental. Dado que Venecia dominaba el comercio con el Próximo Oriente, y que además poseía allí un verdadero imperio colonial, sus relaciones con los turcos fueron extremadamente complejas.

La expansión del Imperio otomano hacia Occidente significó que Venecia perdiera algunas áreas comerciales que había explotado a voluntad, libre de todo control. Los mercaderes venecianos, así como los genoveses, habían recibido privilegios comerciales de los gobiernos locales desde Azov a Alejandría y habían establecido sus propias bases fortificadas en la costa. Venecia se aseguró los puntos estratégicos de Albania, Morea y el mar Jónico.

Los turcos, resueltos a situar toda la zona bajo su dominio, desearon someter esas plazas a su control, practicando ciertas tácticas comerciales y políticas contra los venecianos y llegaron a cooperar con Génova, la gran rival. Por su parte, Venecia se adaptó con habilidad a las nuevas condiciones, tratando, en principio, de evitar un enfrentamiento directo con los otomanos. De hecho, los venecianos dominaron siempre el comercio de especias en los puertos de Egipto y en Siria.

A pesar de la aparición de conflictos y de los enfrentamientos con los turcos entre 1463 y 1573, la economía veneciana siguió creciendo a lo largo del siglo XVI y sus barcos navegaron a los puertos levantinos cargados de lanas, sedas bordadas y satenes, papel, objetos de cristal y espejos, y retornaron de Egipto y de Siria con especias, seda, algodón, esencias y tintes, y de Anatolia y Rumelia con trigo, cuero, lana, algodón y seda.

Plaza de la fuente de Adrianópolis (grabado del siglo XIX)



A lo largo de la primera mitad del siglo XVI el puerto de Ragusa, en la costa dálmata, emergió como serio rival veneciano en el comercio de especias entre los puertos de Egipto, entre Siria, Europa central y Alemania. Ragusa prosperó bajo la protección del sultán hasta que la economía del imperio en el siglo XVII se hizo más dependiente de los Estados atlánticos, momento en que se inició su declive.

En la segunda mitad del siglo XVII Francia, Inglaterra y Holanda adquieren un papel más relevante en el comercio del Mediterráneo oriental que eventualmente confina a Venecia y a Ragusa al comercio del Adriático. Solimán I había firmado con Francia un pacto de cooperación ante los Habsburgos, el principal obstáculo de su política expansionista hacia Occidente.

A partir de dicho pacto se establecieron una serie de capitulaciones franco-otomanas que por primera vez hacían extensivos ciertos privilegios comerciales a una monarquía occidental. Los cónsules franceses emplazaron sus residencias en Estambul, Alejandría, Beirut y Trípoli en el Líbano. A principios del siglo XVII existían alrededor de un millar de embarcaciones francesas activas en Levante y el volumen de su comercio ascendió a la mitad del total francés.

Otros mercaderes europeos, ingleses y holandes con preferencia, navegaban bajo pabellón francés. Estos barcos transportaban a Oriente textiles normandos, papel y herramientas de Alemania y regresaban con lanas, algodón, hilo y tapices de Anatolia; seda, especias, perfumes, tintes y mohair de Aleppo y Damasco.

Las capitulaciones firmadas con Francia sirvieron de modelo a las que se entablaron —más tarde— con otros Estados europeos, como Inglaterra y Holanda. La irrupción del mercantilismo de los Estados occidentales fue cambiando el carácter de dichas capitulaciones y convirtiendo poco a poco la economía otomana en una dependencia europea.

Los hombres del Estado turco consideraron de utilidad política el estimular un flujo siempre creciente de bienes manufacturados hacia el imperio, con el que se generaba abundancia en los mercados domésticos. Al mismo tiempo la tesorería resultaba beneficiada por el ingreso de tasas aduaneras incrementadas.

El Próximo Oriente se convirtió en una zona de expansión óptima para el mercantilismo europeo. No obstante, ya que las importaciones desde Europa se limitaron a productos determinados, como las lanas, los minerales y el papel, en realidad no dañaron a las industrias autóctonas hasta el siglo XIX. Fue tras la revolución industrial en Europa cuando estas capitulaciones provocaron consecuencias desastrosas para la economía otomana.

Literatura

Juan Vernet
De la Real Academia de la Historia

ES muy difícil fijar el momento en que se inicia el desarrollo de la literatura turca por la simple razón de que sus distintos grupos de tribus, con sus variantes dialectales, tuvieron un desarrollo independiente de los demás, hasta el momento en que el imperio *otomano* pasó a ejercer su hegemonía en la cuenca oriental del Mediterráneo y el mar Negro y sus súbditos fueron llamados *turcos*, por autonomasia, por los occidentales.

Antes, un príncipe qarajaní, Mahmud al-Kasgarí, refugiado en la corte de los abbasíes de Bagdad, compuso entre el 1072 y el 1078 un *Diván de las lenguas turcas* que contiene una cantidad enorme de datos lexicográficos, etnológicos y poéticos. Estos últimos, en general, vienen representados por cuartetas anónimas en las que se encuentra la impronta de la poesía preislámica turca, versos dedicados a sultanas —tema prácticamente desconocido entre los árabes—, cantos épicos consagrados en general a las guerras de los qarajaníes contra los oigures o los paganos (budistas) del Tibet, etc.

Mucho más tarde encontramos al primer poeta turco otomano: Yunus Emré (m. 1320) que está muy influido por Chalal al-Din Rumí y, en general, éste y los grandes autores persas— y a través de ellos Ibn Arabí de Murcia —pesarán siempre mucho en las literaturas islámicas del Próximo y Medio Oriente. Por eso los versos de Emré marcan la trayectoria espiritual de muchos novicios que, partiendo de la más estricta ascesis, marcan el conocimiento de Dios a partir de un cierto grado de iniciación, gracias a la música y el vino que, al empezar el aprendizaje, les estaban totalmente prohibidos.

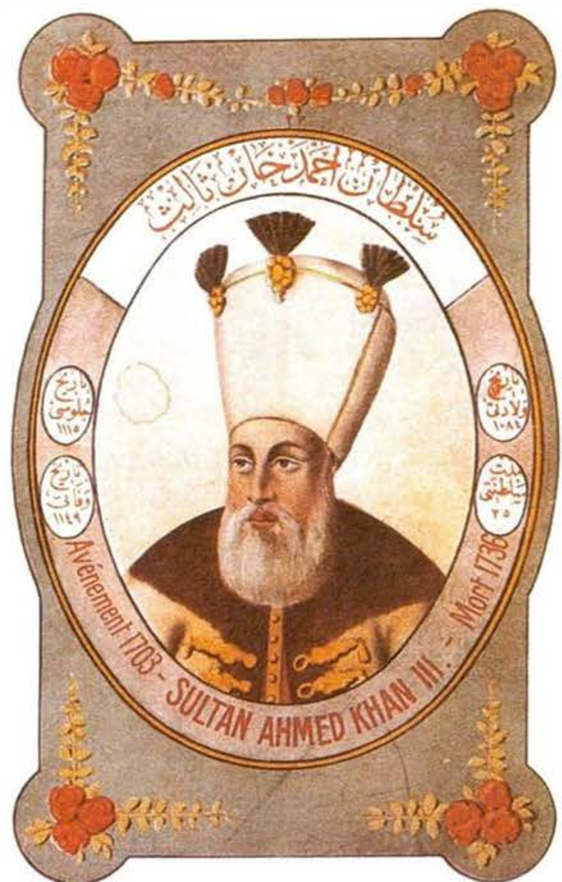
En vez de observar el ayuno y cumplir con los rezos, me he embriagado.

En vez de rezar el rosario y de preocuparme de los requisitos de la plegaria, he escuchado el arpa y el laúd.

Si comprendes lo que Yunus quiere decir con estas palabras, el minarete de Cónia te parecerá una aguja grande.

Este autor fue el primer poeta otomano conocido en Europa, puesto que dos de sus poesías,





Murad I, iniciador con su antecesor Okham de la grandeza otomana, asentó su capital en territorio griego, Adrianópolis, e inició la conquista de los Balcanes apoderándose de buena parte de Serbia

Ahmet III, uno de los últimos sultanes del esplendor otomano, que venció a venecianos y rusos, aunque cosechara importantes reveses en Persia y los Balcanes

Representación renacentista de los jenízaros, cuerpo escogido de las tropas turcas y firme apoyo de los sultanes, con gran influencia en los períodos tumultuosos de la historia otomana



transcritas y traducidas en caracteres góticos por un transilvano que permaneció prisionero de los turcos, las recogió en una obra que escribió sobre éstos y así llegó a ser leído por Erasmo de Rotterdam, Lutero y otros escritores europeos del Renacimiento.

Algo posterior es el libro de *Dedé Qorqud*, colección de relatos recogidos a principios del siglo XV por un autor anónimo de la boca de los rapsodas turco oguces del *limes* de Anatolia destinados a cantar las luchas contra los cristianos de Trebizonda y Georgia.

Algunos relatos presentan notorio interés desde el punto de vista de la relación que pudo existir entre las lenguas clásicas y las turcas: así, por ejemplo, los de Dumrul y Alcestes; de Topegöz y Polifemo, y de Basat y Ulises replantean siempre el problema de hasta qué punto fueron conocidas las leyendas clásicas en el Islam. Las historias que sirvieron de base a la colección parecen haber sido conocidas también en el mundo árabe contemporáneo, puesto que el historiador egipcio al-Dawadarí dice haber visto una traducción, a través del persa, de los *oguz-namé* en el año 1309.

Al otomano Sulaymán Celebí (m. 1422) se debe el haber introducido en la literatura turca los himnos para celebrar los aniversarios del nacimiento de Mahoma, al igual y en las mismas fechas que los poetas árabes los daban a conocer en Granada. El suyo, titulado *Noble nacimiento*, narra en pareados la vida del profeta tal como la expone la leyenda musulmana. Compuesto en 1409, tuvo un éxito enorme ya en época del autor, éxito que ha perdurado hasta nuestros días y que ha tenido como consecuencia la intercalación en el mismo de numerosos versos debidos a otras plumas.

Edad de oro

Prescindiendo de la obra del gran poeta chagataico Mir Ali Sir Nevaí (1441-1501), cuya vida y obra se desarrolló al este del mar Caspio y está siendo revalorizado por la crítica literaria del Uzbekistán contemporáneo, hay que citar a una serie de poetas otomanos, como Mesihí (m. 1512), que inauguran la edad de oro de la literatura *turca*. Este, que vivió en Estambul bajo la protección de un visir, se hizo famoso por su liviandad —amaba las tabernas y los donceles— y alcanzó gran éxito con su poema *El agitador de la ciudad*, en que enumera —haciéndolo preceder y suceder por un prólogo y un epílogo— a 46 libertinos de Andrinópolis.

El mismo confiesa sus culpas, pues *si el Misericordioso quiere pesar todos mis pecados en el momento del Juicio Final, la balanza se romperá; si ha de preguntar por todas mis culpas, jamás llegará el turno de los demás.* Al fin y al cabo él se merece el Paraíso por haber fracasado en una de sus aventuras galantes: *Hoy me has destinado al fuego de la separación; no me coloques mañana en las llamas del infierno; ya que hoy no he teni-*



Santa Sofía, en Estambul, a comienzos del siglo XX

do éxito con un doncel alto como un ciprés, concédeme mañana el árbol del Paraíso; ya que hoy no he conseguido el rubí de los labios del amado, concédeme mañana, para que lo beba, el agua cristalina del río Kauzar en el Paraíso.



Zatí (1471-1546) no consiguió ver reconocido rápidamente su talento, razón por la cual tuvo que dedicarse a la geomancia y a fabricar amuletos, primero en el patio de la mezquita de Bayaceto y luego cerca de los baños de Hocha Ibrahim Pachá. Pero su tenducho se transformó en centro de reunión de poetas y él mismo demostró ante sus contertulios su propia valía en el manejo de la lengua y en la habilidad con que incrustaba en sus versos los proverbios más populares. Por su parte, el turco *adarí* Fudullí (m. 1556) tuvo que loar a Solimán el Magnífico cuando éste ocupó (1534) su ciudad natal, Bagdad.

Baqí (1525-1600) pasa por ser el mayor poeta turco. Se formó en la tertulia de Zatí y la casida que dedicó a Solimán el Magnífico en 1555, que regresaba de una campaña en Persia, le abrió las puertas de Palacio. Solimán, que además de sultán era poeta, sintió un gran aprecio por él, le protegió y le dio importantes cargos en la administración. Baqí, como muchos poetas islámicos, se maravilla del continuo fluir de la vida y, por tanto:

No dejéis pasar la ocasión, pues los placeres son tan fugaces como la estación de las rosas.

Además de su diván, escribió algunas obras en prosa en que, a diferencia de sus contemporáneos, evitó el estilo florido y recargado.

Entre los satíricos destaca Nefí (m. 1635), nacido en Erzurum desde donde muy joven pasó a Estambul. Aquí fue conocido en seguida por sus casidas y sus sangrientas diatribas.

Una de éstas, dirigida contra el visir Bayram Pachá, cuñado del Sultán, fue la causa de su muerte, pues el afectado mandó que estragularan al poeta.

Sus casidas, unas sesenta, están destinadas al panegírico de los sultanes Ahmed I, Otmán II y Murad IV; a los grandes visires y principales personajes de la corte. Las dos primeras que abren su diván están destinadas a Mahoma y a Chalal al-Din Rumí. Todas están cortadas por el mismo patrón y sólo en los preludios se encuentra de tarde en tarde un destello de originalidad.

Sus sátiras, en cambio, le consagraron como el mejor y más violento censor de la vida turca. El mismo se dio cuenta de su primacía en este campo, puesto que tituló estas composiciones *Flechas del Destino:* constituyen un excelente documento literario y tienen un gran valor histórico.

Ewliya Tschelebi (Estambul, 1611-El Cairo, 1679) recibió una esmerada educación en el serrallo y desempeñó cargos de confianza en el séquito de importantes personajes, grandes señores y embajadores. Estas circunstancias le llevaron a recorrer, sin descanso, durante cuarenta años, todos los territorios del Imperio.

Los datos y observaciones que realizó en el curso de su vida los reunió en un *Libro de Viajes* que ha merecido los comentarios más dispares de la crítica debido a que recoge por igual hechos que vio y presenció y otros que sólo conoce a través de terceras personas.

Escritor nato, de prosa sencilla, consiguió que su obra fuese sumamente apreciada por sus compatriotas que gustaron de su carácter cómico y la consideraron como una novela del estilo de *Las mil y una noches* sin tener en cuenta su contenido.

Su coetáneo Yúsuf Nabí nació en Urfa (Edesa) en 1630 y pasó la mayor parte de su vida en Estambul, en donde murió en 1712. Es el principal representante de la corriente persa dentro de la literatura turca, hasta el punto de que en la continuación que compuso del *Ilahi-namé* de Attar, realizó el malabarismo de escribir los catorce versos iniciales sin utilizar ni una palabra ni un sufijo turco, lo cual recuerda el discurso del padre de Garcilaso ante Alejandro VI, en 1498, redactado con tales palabras y tal construcción que era castellano y latín a la vez.

El ideario de Nabí aparece reflejado en las dos obras dedicadas a su hijo Abu-l-Jayr: la *Jazriyyé* y el *Jayr-abad*. En ellas, sobre todo en la primera, hace una crítica, a veces sangrienta pero graciosa, de la sociedad de su época y de la decadente administración otomana. Recomienda a su hijo que se case con varias mujeres, *pues es muy duro privarse del placer del cambio;* no le desaconseja el amor por los jóvenes, pero le recomienda que, si llega a practicarlo, sea casto puesto que *no hay que sembrar en terreno estéril;* no debe entregarse ni al juego ni al vino, ni a las ciencias ocultas ni a los santones. Todo ello son cosas perjudiciales, pero muy en especial los últimos, que se basan en sus pretendidos carismas para ascender lo más rápidamente posible hacia la cúspide de la sociedad.

Además de estas obras escribió la continuación de la biografía del profeta redactada por Vaysí (m. 1628) y numerosas poesías amorosas *(gazal).*

Decadencia

Su amigo Sabit (m. 1712) cursó estudios religiosos alcanzando la dignidad de ulema. Su poesía está enmarcada también en la corriente iranizante y barroca que estaba de moda en su época y que de hecho la hace incomprensible si no

se usan comentarios extensos. Ejemplo: los sesenta y nueve versos que componen su casida sobre el mes de Ramadán han exigido 40 páginas de J. Rypka de traducción y notas para hacerlos inteligibles en alemán. A pesar de estas dificultades éste sólo le considera inferior, poéticamente, a Baqí.



Ya en la época de la decadencia, *la de los tulipanes*, encontramos a Ahmad Nedim (m. 1730) fuertemente influido por el persa Hafiz y los turcos Baqí y Nefí. A pesar de su dependencia de estos autores sabe introducir en sus composiciones detalles de tipo personal que avaloran su obra. Sus mejores composiciones son las conocidas con el nombre de *sarqí*, destinadas al canto de partidas de placer. Así escribe:

Ven y demos reposo a un corazón triste
Ven, ciprés cimbreante, ven a Saadabad
Mira los tres botes amarrados al muelle
Ven, ciprés cimbreante, ven a Saadabad
Riamos, juguemos, tomemos del mundo lo que deseamos
Bebamos agua del Paraíso en la fuente inaugurada
Contemplemos el agua de la vida eterna
Ven, ciprés cimbreante, ven a Saadabad
Al llegar iniciaremos el baile a orillas del estanque
O miraremos, deslumbrados, quioscos maravillosos
O cantaremos canciones o tararearemos gaceles
Ven, ciprés cimbreante, ven a Saadabad
Pide permiso a tu madre para rezar en la aljama este viernes
Y escaparemos por un día de la rueda cruel del Destino
Ve al puerto por calles poco frecuentadas
Ven, ciprés cimbreante, ven a Saadabad
Yo, tú y un muchacho de voz agradable
Y, si lo permite, también ese loco de Nedim
Sacrifiquemos —¡qué delicia!— hoy a los otros amigos.
Ven, ciprés cimbreante, ven a Saadabad.

El último poeta interesante anterior al desembarco de Napoleón en Egipto es el jeque Muhammad Esad, más conocido por el seudónimo de Galib Dedé (1757-1799). Desde muy joven se dedicó a la vida religiosa y tras pasar su noviciado en Conia, marchó a Estambul, donde residió en el convento de Yeñi Kapur hasta que en 1790 fue nombrado superior del convento de los *mewlewi* (derviches danzantes) de Galata. La influencia de que gozaba con el sultán Selim III le sirvió para hacer reconstruir el edificio.

Galib escribió, a los veintiséis años, el poema que más fama le ha dado: *Belleza y amor*, que por su originalidad e inspiración recuerda la *Divina Comedia*. Está escrito en la más pura lengua turca y evita, cuanto puede, las influencias iraníes, razón por la cual ha sido muy apreciado por los poetas del siglo XIX.

Los grandes imperios —y qué duda cabe que en el siglo XVI el turco lo era— procuran inmortalizar su recuerdo en grandes monumentos y siempre hallan un arquitecto capaz de reconstruirlos. Tal fue el caso de Solimán el Magnífico y Selim II a cuyas órdenes trabajó Sinan (1489-1585), quien se dio a conocer primero como ingeniero militar y, más adelante, civil, construyendo cerca de cuatrocientos, edificios entre los que destacan las mezquitas de Sehzade y Suleymaniye en Estambul y la de Selimiye en Adirne.

Su habilidad como arquitecto y su ingenio para encontrar soluciones atrevidas a los problemas más difíciles le permiten levantar monumentos que compiten e incluso superan técnicamente a las grandes cúpulas de las iglesias heredadas de los bizantinos.

El emplazamiento de bastantes edificios de nueva fundación tuvo lugar intramuros de la ciudad. Azotada por frecuentes incendios, éstos creaban solares aprovechables para la construcción.

Olvidándonos de las artes menores, tal vez sea útil recordar aquí que la escritura fue utilizada con frecuencia como medio ornamental, tal como hoy podemos verla en numerosos monumentos islámicos de todo el mundo —la Alhambra no es excepción— y llevada a límites de extraordinaria belleza en algunas inscripciones de libros de lujo; en amuletos; en muchísimas monedas y en las *tugras* (rúbricas de autentificación) de numerosos sultanes.

Foto pág. 33. Miniatura turca del siglo XVI: unos viajeros observan cómo dos ánades transportan una tortuga...

Bibliografía

P. Aguado Bleye, *Manual de Historia de España*, Madrid, 1954, vol. 2. O. Aslanapa, *Turkish Art and Architecture*, Londres, 1971. L. Bernard, *The emergence of Modern Turkey*, Londres, 1968. A. Bombaci, *Storia della litteratura turca*, Milán, 1956. *The Cambridge History of Islam*, Cambridge, 1970, vol. 1 y 2. G. E. von Grunebaun, *El Islam II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*, Madrid, 1984. R. Mantran, *Histoire de la Turquie*, París, 1968. S. J. y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, Cambridge, 1977, 2 vols. C. Villalón, *Viaje a Turquía*, Madrid, 1965.

نثر پس بطلر بر چوب کتوردیلر ومیان سنك پشتك دهانته ویردیلر وکندو
ایکی جانبنه یاپشوب کوتوردیلر چون او چوب اوجه چقدیلر کیدرك
برده مقابله سنه کلدیلر اهل قریه دن برنا و پیردن و فرزند و صغیر
وکبیر بو حالدن خبردار اولدیلر وتماشا ایچون طشره چقوب زبان تعجبله



هر طرفدن فریاد ایتدیلر که کورك که بطلر کشفی نیجه کتورورلر چون بو صورتك
مثالی اول قومك مرآت خیالنده ارتسام بولمشدی کیدرك غریو و غوغالر
زیاده اولدی سنك پشت بر ساعت سکوت ایتدی عاقبت تحمل ایدمیوب خلقك

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.

DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.

DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.

PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.

IMPRIME: TEMI

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-096-1. Tomo 16.

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Solimán el Magnífico

El Imperio turco

Textos

Selección de textos:
Margarita Castells

CUADERNOS
historia 16

El arte de gobernar otomano

EL gran historiador magrebí Ibn Khaldun *(vivebat* 1332-1406 d. C.) pensaba en términos de imperios nómadas —el tipo de imperio prevaleciente en la época y lugares de Ibn Khaldun— cuando estimó la duración media de los imperios en general en no más de tres generaciones o 120 años.

Con este criterio de comparación, la duración del Imperio Otomano en el mundo cristiano ortodoxo fue única. Si contamos su fundación definitiva a partir de la conquista otomana de Macedonia en 1371-2 d. C., y el comienzo de su fin a partir del tratado de paz de Kuchuk Kainaryi con que en 1774 d. C. terminó la más desastrosa de las guerras rusoturcas, resultará que asignamos al cenit del régimen otomano un período de cuatro siglos largos, sin computar el tiempo que le llevó, antes de eso, surgir y, después de eso, declinar. ¿Cuál es la explicación de esta relativa durabilidad de la obra de los nómadas otomanos constructores de imperios?

La relativa durabilidad del Imperio Otomano, comparado con otras dominaciones nómadas del mismo tipo general, sólo resulta totalmente inteligible si se la contempla a la luz de la especial adaptación que los otomanos, en respuesta a una incitación extraordinaria, hicieron de las instituciones nómadas comunes.

La esencia del sistema consistía, como se ve, en la selección y adiestramiento de «perros guardianes humanos» encargados de mantener en orden el «ganado humano» del padisha y a raya a sus vecinos humanos. Llegar a ser un esclavo público otomano de la más alta jerarquía era la más ardua, peligrosa, importante y magnífica profesión que pudiera seguir cualquier súbdito del padisha otomano. Sin embargo, una regla tan asombrosa como fundamental del arte de gobernar otomano era que esa profesión estuviese reservada casi exclusivamente a personas que por su nacimiento eran infieles, sin que interesase que los padres del infiel fuesen súbditos del padisha, mientras que los propios correligionarios musulmanes de éste eran inelegibles *ex officio religionis*...

El sistema otomano de adiestramiento de «perros guardianes humanos» formulaba a la naturaleza humana tan severas exigencias que únicamente de un individuo que hubiese sido sacado de su entorno social hereditario y hubiese sido introducido en el sistema como simple átomo humano podría esperarse que se sometiese a él. Ahora bien: de todos los materiales humanos a disposición del padisha otomano, los menos manejables eran los hijos de esos feudatarios musulmanes con orgullo de raza y religión, con sus lazos lugareños y su solidaridad familiar. Los padisha otomanos comprendieron que si llegaban a admitir en su casa a esos elementos libres por nacimiento y por espíritu, se produciría un agudo conflicto entre el sistema y su personal y que, en esa prueba de fuerza, no sería el sistema quien prevaleciese. De ahí la negativa a admitir musulmanes libres; y esta política drástica quedó justificada por sus resultados, pues cuando los musulmanes libres forzaron por fin el ingreso a la casa, el sistema se derrumbó. *(A. J. TOYNBEE, «Estudio de la Historia», trad. V. Fatone, Buenos Aires, 1953, vol. 3.)*

Las gentes de Anatolia

EN Latakía embarcamos en un gran velero *[qurqūra]* genovés, cuyo patrón se llamaba Martalamīn, dirigiéndonos a la tierra de Turquía, conocida más bien como País de los Griegos [Bilād ar-Rūm]: se le da este nombre porque antiguamente fue el país de ese pueblo. De aquí procedían los griegos más antiguos y los que viven ahora en Grecia *[yūnāniyya]*. Los musulmanes con-

quistaron después este país y ahora hay en él muchos cristianos bajo estatuto de clientela *[dimma]* de los turcomanos musulmanes.

Navegamos durante diez días con buen viento. El cristiano nos trató bien y no quiso cobrarnos el pasaje. Al décimo día, llegamos a la ciudad de 'Alāyā, donde comienza Anatolia, una de las más bellas regiones del mundo. Dios ha juntado allí todas las hermosuras repartidas entre los demás países. Sus gentes tienen bella figura y ropas muy limpias, hacen comidas buenísimas y son las más caritativas criaturas de Dios. Por ello, cuando se dice: «La bendición, en Siria, la caridad, en Anatolia», han querido aludir claramente a la gente de esta comarca. Cuando nos alojábamos en una casa o zagüía de este país, nuestros vecinos, tanto hombres como mujeres, venían a visitarnos para ver cómo estábamos. Las mujeres no llevan velo aquí, y cuando nos íbamos, nos despidieron como si fueran nuestros parientes o nuestra misma familia: había que ver a las mujeres llorando de tristeza, al separarnos. Tienen la costumbre de cocer el pan un solo día a la semana, disponiendo entonces lo que van a consumir durante todo ese tiempo; ese día, los hombres venían a ofrecernos pan caliente aderezado con un buen aliño y nos decían: «Las mujeres os envían esto y os imploran vuestra bendición.» *(IBN BATTŪTA, «A través del Islam», trad. S. Fanjul y F. Arbós, Madrid, 1981.)*

Tamerlán vence a Bayaceto cerca de Ankara (1402)

EN este tiempo el emperador de Constantinopla y los genoveses de Pera enviaron decir a Tamorlán que si había de tener batalla con Bayaceto, ellos le podrían servir y ayudar con mucha gente y galeas. Y sería de esta manera: ellos armarían en breve tiempo ciertas galeas para impedir que los turcos que estaban en Grecia pasasen a Turquía, y él pudiese batallar mejor con el turco. También, que le darían en servicio cierta cantidad de plata.

Como no se podían avenir el turco y Tamorlán, reunieron sus gentes. Tamorlán, que la tenía más presta, partió de Persia y se vino para Turquía y trajo el mismo camino que de primero, y llegóse a tierra de Arzinga y a la ciudad de Samastra. Cuando el Bayaceto supo que Tamorlán estaba en su tierra, dejó el camino que traía y la impedimenta de su hueste en un castillo llamado Angora, y tomó su gente y fuése para Tamorlán. Este, que supo el ardid del turco, dejó aquel camino que llevaba y tomó a la izquierda por una montaña. Cuando el turco llegó a par de Samatra, supo cómo Tamorlán había dejado el camino que llevaba y había tomado otro, pensó que huía, y fue en pos de él cuanto más pudo. Tamorlán, en cuanto hubo estado ocho días en las montañas, volvió al camino llano y se fue al castillo de Angora, donde el turco dejó su impedimenta y robósela.

Al saber que Tamorlán estaba sobre Angora anduvo el turco cuanto más pudo, y cuando llegó, traía la gente cansada. Tamorlán había hecho aquel rodeo para desordenar sus planes, y allí tuvieron que pelear y fue vencido y preso el turco. *(R. GONZALEZ DE CLAVIJO, «Relación de la Embajada de Enrique III al Gran Tamerlán», Madrid, 1952.)*

La toma de Constantinopla

EL 6 de abril de 1453, Mohamed había terminado los trabajos de sitio y había cercado Constantinopla por la parte de tierra. En su artillería figuraba un cañón, fundido por el húngaro Orbán, que necesitaba para cada carga 500 libras de pólvora y lanzaba proyectiles de tamaño de rocas. Sólo se disparaba con él 8 veces al día y donde tocaba la bala producía una enorme grieta. Al octavo

día el cañón reventó y lanzó a la ciudad el cadáver de Orbán. A los diez días se habían abierto 20 brechas. Al mismo tiempo, se cavaron minas, pero los griegos volvían a llenar las brechas y hacían contraminas... Los turcos fabricaron algunas torres de madera cuya altura correspondía a la de la muralla, cubiertas de pieles de bueyes, terraplenadas y barnizadas de ingredientes que pudieran hacer oposición al fuego. Después de que los griegos hubieran rechazado con gran valentía un asalto, exclamó el Sultán: «¡Nunca hubiera creído en su heroísmo, aunque lo hubieran predicho 37.000 profetas!»... Mohamed esperaba dar un golpe también con su flota. La posesión del puerto era imprescindible para la conquista. Para llevar sus barcos al puerto, el Sultán hizo construir desde el canal del Bósforo hasta la bahía interior de Constantinopla, un plano inclinado formado de vigas y tablas, luego lo hizo embadurnar de grasa y así, en una noche hizo entrar en el puerto 80 naves. Asimismo construyó un puente de cinco codos de ancho y cien de largo, para unir a Pera con su posición delante de Constantinopla. La consternación fue grande dentro de la ciudad: los griegos tuvieron que proteger también el lado del puerto y, para ello, debilitar la defensa del lado de tierra... Cuatro barcos genoveses y uno de Quíos combatieron contra la flota turca. Los turcos perdieron varios buques y 12.000 hombres. Mohamed, lleno de rabia, cabalgó por el mar hasta que le llegó el agua a la cintura para espolear a su escuadra a una nueva lucha. En el consejo de Mohamed II se habló entonces de levantar el sitio, pero alguien dijo: «Dios ha dado el mar a los griegos y la tierra a los osmanes, ¿quién se rebelará contra la distribución de Dios?»... Otro ataque nocturno, dirigido por Justiniani, contra los barcos turcos fracasó. En la ciudad empezaron a murmurar los descontentos y cuando Mohamed lo supo, envió la siguiente embajada al Emperador: «Márchate con tus magnates y tesoros a donde quieras o continúa resistiendo hasta reducir a la servidumbre a tu pueblo y perder la vida y la hacienda.» La respuesta de Constantino fue: «¡Elige la paz y daremos gracias a Dios! Exige un tributo anual y vive en paz, pero la ciudad no te la puedo entregar, preferimos morir antes que tolerar tal afrenta.»... El Sultán ordenó el asalto general para el 29 de mayo. Los derviches corrían por el campamento y encendían el valor: los que vencieran, poseerían la tierra, los que cayeran, gozarían los deleites del Paraíso. Había cuatrocientos mil guerreros que ansiaban la lucha, para conseguir la victoria, el botín, la gloria o las fuentes del Paraíso. Al amanecer del día previsto para el gran asalto se dio la señal de ataque. Como el fragor del mar, llegó a los griegos el clamor de los invasores: «¡No hay más Dios que Dios!»... De entre los turcos, Hassán, un gigantesco jenízaro, ascendió el primero a la muralla y resonó el grito: «¡La ciudad está tomada!»... Por la tarde, el vencedor celebró una fastuosa entrada en Constantinopla, de cuya belleza se maravillaba. La noticia de la caída de Constantinopla, que los turcos llamaron *Stambul*, produjo honda impresión... El 1 de febrero de 1454, Nicolás V expidió la Bula de Cruzada contra el Sultán Mohamed, precursor del Anticristo. *(J. VON HAMMER-PURGSTALL, «Geschichte des Osmanischen Reiches», Budapest, 1835.)*

Retrato de Solimán el Magnífico

SOLIMAN Segundo, dezimoquarto Monarca de los Turcos, se ciñó la zimitarra (función en la Turquía semejante à la coronación de los Reyes Christianos) en el mismo año que Carlos Quinto Emperador se coronó en Aquisgrán, exaltando Dios à tan

grande, y afortunado Monarca Christiano, para que hiziesse oposición animosa à tan formidable Barbaro...

Soliman deseoso de la gloria, à medida de los progressos, ambicioso de elevarla, mas que sus Antecesores, descubrió el resplandor de las luzes de su garvoso espiritu, fortaleza en el aliento, como madura autoridad en los accidentes, señales fixas de averse hecho comprehender superior à sus mayores... No le falto a Soliman mas que la Religion Catolica, para ser uno de los mejores monarcas del mundo, pues hizo publicar un decreto que mencionava, que en caso que alguno antecedentemente se hallase defraudado en la hazienda, queria suplir el agravio con lo mas pronto de sus tesoros, añadiendo a estos respectos la grande observación de su Ley, en que sobresalia su cuydado mas que en todos los Monarcas Antecesores. Diò principio à la fabrica de la Mezquita, atribuyendo los turcos esta demonstracion à grande prosperidad, con la qual se fueron continuando sus designios. De este Principe (que epilogò en si mismo todas las virtudes de sus Antecesores) mencionaremos con particularidad los sucessos... Selin, como diximos, dilatò los confines del Asia, siguiendo Soliman otro parecer, se aplicò a estender los de Europa, governándose por los consejos de Pirri Baxa, su Ayo, persona cuerda, madura y experimentada. *(J. SAGREDO VENECIANO, «Memorias históricas de los monarcas othomanos», trad. F. de Olivares Murillo, Madrid, 1684.)*

La justicia y los impuestos

JUAN.—Vámonos poco a poco a la justiçia, si no hay más que dezir del matrimonio.

PEDRO.—Ni aun tanto. La justiçia del turco conoçe igualmente de todos, ansí christianos como judíos y turcos. Cada juez de aquellos prinçipales tiene en una mesa una cruz, en la qual toma juramento a los christianos, y una Biblia para los judios. El *cadileschier,* dexado aparte el Consejo real, es la suprema justiçia, medio eclesiástica. Si es cosa clara, examina sus testigos y oye sus partes, y guarda justiçia recta; si es caso criminal, remítele al *subaxi,* que es gobernador, y ansí matan al omiçida, ahorcan al ladrón, empalan al traidor, y si uno echa mano a la espada para otro, aunque no le hiera, le prenden y, desnudo, le pasan quatro o cinco cuchillos por las carnes, como quien cose, y le traen a la vergüenza; y deste miedo he visto muchas vezes darse de bofetones y tener las espadas en las çintas y no osar echar mano a ellas, y en çerca de quatro años que estube en Turquía no vi matar y herir más de a un hombre, que era christiano y muy prinçipal, llamado Jorje Chelevi. Y este *subaxi* tiene poder sobre todas las mugeres que no son onestas.

JUAN.—¿Juzgan por sus letrados y escribanos?

PEDRO.—Sus libros tienen los juezes, y letrados hay como acá, pero no tanta barbarería y confusión babilónica; quien no tiene justiçia, ninguno hallará que abogue por él a traer sofísticas razones; pocos libros tienen, lo más es arbitrario.

MATA.—¿No habrá allá pleitos de treinta años y quarenta como acá?

PEDRO.—No, porque niegan haber más de un infierno; y si esto tubiesen, eran obligados a confesar dos. Quando el pleito durare un mes, sera lo más largo que pueda ser, y es por el buen orden que en todas las cosas tienen. Si yo quiero pedir una cosa la qual tengo de probar con testigos, es menester que quando pido la primera vez tenga los testigos allí trabados de la halda porque en demandando preguntan: ¿tienes testigos? en el mesmo instante se ha de respon-

der: Sí, señor; helos aquí; y examínanlos de manera que cuando me voy a comer ya llebo la sentençia en fabor o contra mí.

JUAN.—¿Los diezmos lleba el Gran Turco?

PEDRO.—¿Qué pensabais? todos, ansí de christianos como judíos y turcos, y no penséis que le valen menos los judíos del tributo que le dan que los christianos, que antes es más; porque aunque creo que son más los christianos, los tributos de los judíos son mayores mucho. Quando tiene de ir en campo, todos los baxás y beglerbeis y sangiaques y los demás oficiales principales a porfía le hazen cada uno un presente, el mejor que puede. Yo vi uno que Çinán Baxá le hizo que valía çient mill ducados de plata y oro y sedas. *(«Viaje de Turquía [la Odisea de Pedro de Urdemalas]», edición de F. G. Salinero, Madrid, 1980.)*

La muerte del sultán

ENTRE todas las cartas que de mi tiene V. S. recibidas le haré asaber de todas las cosas importantes que han acaescido en Constantinopla. Y digo que poco despues que se hizieron muchas fiestas y alegrias por todas las tierras, reynos y señorios puestos debaxo del imperio Ottomano acontescio que Selim Sultan emperador de los turcos, vino a morir y no se sabe como su muerte fue assi. Dizese que su propio hijo llamado Armorad le huviesse entoxicado. Como quiera que fue occulta y escondida su muerte que de ella nada se supo por espacio de quatro dias, y mas tardara sino por ell Aga o general de Genissaros, el qual es obligado de tres en tres días a lo menos de ver su emperador... Y en este entremedio Armorad hizo morir sus dos ermanos, y despues desto fue puesto el dicho Armorad en el lugar acostumbrado en donde los Genissaros suelen aceptar su emperador. Este fue el 1574 a 17 de Deziembre quando Armorad passo tres vezes con la cabeça baxa por medio de todos los Genissaros, puestos todos por hileras adornado de sus armas, y entonados con diversos trages... el Sultan ha desechado el Seralle de las mugeres, en donde sola holgar con ellas y estas eran Christianas que avian sido presas por muchos cossarios en diversas partes todas ellas de buena casta, y muy hermosas y nobles... tambien ha prohibido que no se observe mas la antigua regla dellos e tomar siete mujeres como acostumbravan, y quedandose con la una, a las otras hayan de buscar otro partido, dotandolas y antes añadir que quitar algo...

Aqui en Constantinopla hay grande carestia, y aun grande mortaldad, que caen por las calles como las peras maduras, si Dios quisiesse que los Christianos fuessen advertidos que no les sobreviniesse larmada en alguna parte improvisamente que no podria sino hazer muy gran daño. *(De «Carta venida e Pavía, de diversos y varios avisos de Constantinopla... 26 de abril de 1575», Apud I. BAUER LANDAUER, «Papeles de mi archivo, tomo V: Los turcos en el Mediterráneo [Relaciones]», Madrid, s.d.)*

Vaticinios contra el imperio

CONSIDERANDO, O Turquia, el letargo tan pesado de las culpas, en que estas adormecida con tu fantastica guerra contra los mayores Principes de Europa, te advierto las miserias en que has de parar. Obscureciste la fidelidad en que siempre blasonavas, sin reparar en las penas establecidas, por las leyes Divinas y Humanas, a semejantes violadores. Repara lo mal recibida que estas de todas las Naciones, siendo la paz y la concordia el supremo bien de los mortales, la vida que distingue los hombres de las fieras, y las Ciudades de los campos.

Despeñastete, por flaquear en el discurso, ò por imaginar mal entendida, ventajas en tus conveniencias, pero el tiempo con calamidades, y la experiencia con desdichas, te mostraràn en breve que erraste. Hallaste oy con empeño de una guerra, cuyo futuro fin, si avemos de juzgar naturalmente, nunca te puede ser dichoso, y con un pesado yugo que doma tu cerviz... Tienes tu, O Turquia, mas privilegios que las Monarquias, Imperios, y Reynos, que passaron en el Mundo, sin estàr sugeta à las mudanças de la fortuna? Mira la soberania de los Hebreos, Babilonios, Caldeos, Asyrios, Egypcios, Arabes... Y todos los demàs sepultados en el olvido, pues lo que ha sido dellos serà de ti, aviendo 386 años que començò tu violento dominio, y bastan para los grandes servicios que en ellos has hecho à Dios... Florecias, Turquia, como Luna creciente en esplendores, pero desfalleciste en menguante de Tinieblas. Teme, teme el reyo de la Iusticia Divina, que quanto aguarda, multiplica en castigos. Mejor fuera que esse tu hinchado Pavon conociera la fealdad de sus pies, y no se fiara de la pomposa rueda de sus plumas. Abre los ojos y considera, que un mal Señor es peor que el mas vil esclavo...

El gran Astrologo Iuan Francisco Spina en su Tratado Catastrofe, y gran revolucion del Mundo, estampado en la ciudad de Iese de la Marca, año 1625, pag. 50, dize, se veràn en estos tiempos (efectos de la conjuncion maxima) muchos males, efusiòn de sangre, destruiciones, y caidas de gentes principales en tierra sugeta al Rey de Babilonia. En la pag. 51, que serà la ruina de Turquia, y luego avrà paz general en el Imperio Christiano. En la pag. 59, que tu Legislador Mahometo dexò declarado en el Alcoràn, que su ley permaneceria años 1000, muriò en el de 645, en edad de 63 años, y han pasado mas de 40 años de su cuenta, en la pag. 65 y 66, promete aver combates entre turcos, y Christianos. Ultimamente, pag. 69, afirma, que todo serà concluido hasta el año de 1690, y Turquia arrasada con notables prodigios.

San Isidoro, Arçobispo de Sevilla, hijo de los Reyes Godos de España, hà mas de mil años, en sus profecias confirma lo mismo del año 1690 en el verso 59... Conquistò el cèlebre Emperador Constantino Magno año 312 la opulenta Ciudad de Bisancio, redificola y puso su nombre de Constantinopla, pasando a ella la Regia Silla desde Roma. Gosaronla los Sucesores hasta el año de 1453 en que la perdio otro Constantino, y la usurpo el gran turco Mahometo Segundo, y la domina tu principe Mahometo Quarto, que nacio año de 1642. Mira Turquia, que no carece de misterio este baticinio, pues si un Constantino la gano, otro Constantino la perdio, y si un Mahometo la gano, otro Mahometo la perderà, como sucedio al Imperio Romano, que un Emperador Augusto le dio principio, y otro Emperador Augusto le dio fin. *(S. DE ARMENDARIZ, «Breve compendio de notables baticinios que famosos autores matematicos de Europa han hecho contra el Soberbio Imperio y Casa Otomana», Madrid, 1688.)*

Los turcos vistos por los europeos

DEL mismo principio nace que escritores y viageros de concierto han tratado de los turcos siempre por extremos. Unos por los casos particulares de la ineptitud de un Ministro, del despotismo de un Gobernador, de un Juez venal, de un sugeto sin honradez ni religion, han graduado por punto general á toda la nacion de ignorante, cruel, avarienta y relaxada. Otros por el contrario, teniendo como por milagro que en unas gentes que en barba, trage,

modales y gustos no siguen la senda trillada de las naciones cultas, aciertan á tener virtudes morales; llenan a los turcos de encomios excesivos... no se contentan con menos que con proponer por dechados su caridad, su valor, su generosidad de ánimo, y aun su justicia: en cuyo último punto tal vez pudo equivocarse la prontitud con la equidad de las sentencias... Los Españoles, que hoy en dia empezamos á cultivar la amistad de los Otomanos, necesitamos desvanecer aquellas nieblas que la opinión de nuestros mayores y nuestra propia aprensión hayan extendido...

La naturaleza y el clima los hacen blandos; su creencia, prevenidos; la costumbre del Oriente, supersticiosos. De la combinacion de estos tres principios resultan todas las prendas ó tachas que en ellos se conocen. Gravedad, nobleza de corazón, indolencia general, orgullo, potencias de mejor disposicion que cultura, reserva sin cavilosidad, ciega sumision á quanto dimana del cielo ó del trono, nimia credulidad, fanatismo, repugnancia invencible á cosas nuevas, ferocidad ó abatimiento por extremos, firmeza en la amistad: todas son señales que caracterizan á un turco, en quien ni las pasiones obran con violencia, ni otras causas han concurrido para corromperlo...

No es desconocida la costumbre de que los magnates, los ricos, las almas devotas gusten de mantener en sus casas una persona religiosa... En esta parte no queremos confundir la sandez con la caridad; pero no dexarémos e exponer la que exercitan con los dementes y los fatuos, bienque fundada sobre otro supuesto falso. Creen los Musulmanes que las almas de los insensatos, como impecables en aquel estado, se hallan colmadas de gracias celestiales; y que sus oraciones son más agradables á Dios, y mejor oidas que las de comun de los hombres. Por esta razon se usa de la mayor piedad para con estos infelices; y los locos furiosos son los que se encierran solamente. Los que estan serenos, y los fatuos gozan de su libertad, entran en todas partes, visitan á los Ministros, y personages mas altos, se sientan á su lado; y como siempre obra la compasion á su favor, siempre salen con dádivas o limosnas. Sálvese el error e la opinión, y la caridad quedará bien puesta.

No venderemos por tal la que varios escritores atribuyen á los turcos para con los gatos. Cuéntase que hay en algunos quarteles de Constantinopla la obra pia de mantener á los gatos del barrio con los despojos de carnero. Positivamente se les reparten, pero este es un efecto e pasatiempo. Los turcos tienen, al modo que los judios, viandas que su ley les prohibe: una de ellas son los livianos é higados de las reses, y solo encuentran despacho entre los Christianos. Unos hombres que lo tienen por oficio, llevan por las calles esta mercancia ensartada en un palo y quando los ociosos ó las gentes de buen humor se lo pagan, hacen su habilidad. Los gatos de las casas circunvecinas, habituados al reclamo, pueblan al instante las calles, trepan á porfia por el vendedor y divierten á la gente...

Los turcos aunque han perdido aquel lustroso vigor que en otro tiempo les diéron sus conquistas y la flaqueza de los europeos, todavia conservan el mismo espíritu de prepotencia. Bien á las claras lo manifiestan sus indecorosos estilos en las ceremonias con los ministros extranjeros. La secta contribuye tambien sobremanera. Sus preocupaciones que es este punto pasan á fanatismo, los obligan á mirar con desprecio quanto desdice de los usos de Oriente, y este es el origen más cierto de su incultura. *(J. MORENO, «Viage á Constantinopla, en el año de 1784», Madrid, 1790.)*